

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

buscando al espía Charly

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

BUSCANDO AL ESPIA CHARLY

Colección **PUNTO ROJO** n.º 434

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.327 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1970

© RALPH BARBY, 1970
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.165 —Rescate.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.025. —Cuenta corriente para morir.

En Colección BUFALO:

860. —El tren de oro.

En Colección CALIFORNIA:

676. —Bandera para forajidos.

En Colección COLORADO:

663. —Solos ante el peligro.

En Colección KANSAS:

632.- -El día del desquite.

En Colección BRAVO OESTE:

373. —La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

428. —Trágicos secuestros.

En Colección SALVAJE TEXAS:

733. —El honor del capitán Grabb.

En Colección ASES DEL OESTE:

453. —Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

102. —[Destruir al destructor!

CAPÍTULO PRIMERO

Miró la esfera de su reloj.

«Las once y cinco de la noche», se dijo un tanto hastiado.

Para Alf W. Rodman, aquélla era una hora temprana, muy temprana. Había llegado a confundir el día con la noche y viceversa.

Aplastó la punta del cigarrillo contra el cenicero de la mesa ante la cual se hallaba sentado. Tomó de su vaso y bebió un largo trago de *bourbon*. Extrajo del paquete un nuevo pitillo y tras colocarlo entre sus labios, le prendió lumbre.

La sala se hallaba en una gran penumbra. Se oían voces, conversaciones, un rumor de arrullos algo más subidos de tono que los que podrían dedicarse unas jóvenes parejas que pensarán en el matrimonio como meta final. El conjunto tocaba algo, Rodman no se preocupó de averiguar el qué, sólo sabía que aquella música en la que predominaban los bongos, el contrabajo y el saxo tenor, le agradaba.

Expulsaba la primera bocanada de humo del tercer cigarrillo que fumaba en el Piscis Club cuando unos brazos cálidos rodearon su cuello por la espalda.

Los labios buscaron su mandíbula recia y terminaron en la boca de trazo duro y algo cínica.

—Vas a devorarme, encanto.

Ella le quitó el cigarrillo. Aspiró el humo con fuerza hasta llenar sus pulmones que no debían ser muy grandes a juzgar por la anchura de su espalda y por lo que abultaban sus senos, que semejaban ir a saltar del *brassier*. Luego, le devolvió el pitillo.

—Alf, esta noche voy a cantar para ti. Te encuentro algo bajo de tono. ¿Angustia vital?

—¿Angustia vital, yo? —sonrió—. No me confundas con uno de esos harapientos melenudos, cariño.

—¿Qué te sucede entonces? —preguntó la espléndida morena de uno setenta de estatura y amplias caderas.

—Estoy sin blanca. A lo peor estoy pensando en cómo pagar la cuenta.

—No temas por eso, la casa te fía. Yo te cubro el gasto si luego me esperas.

—¿Serás tan tonta de hacer eso por mí?

—Por ti soy capaz de divorciarme.

—¡Diablos, ignoraba que estuvieras casada! ¿Quién es el primo?

—Jefferson.

—¿El dueño del club? No lo esperaba. Así sí acepto que me invite la casa, pero dime, ¿cómo permite él que actúes en el escenario y de la forma que lo haces?

—Caprichos míos. Jefferson es muy complaciente y sabe que no puede meterme en una jaula de cristal.

—No me gustaría ser Jefferson.

—¿Por qué? Él tiene mucho dinero y me tiene a mí.

—Dinero quizá, pero a ti, es muy dudoso.

—Pero tú careces de dinero.

—Tener o no tener dinero es cuestión de suerte, cariño. A mí no me van bien las cosas últimamente, eso es todo, pero dentro de un mes todo irá mejor.

—¿Te devolverán tu licencia de investigador privado?

—Eso es. Me la retiraron sólo por dos meses.

—Un juez benévolo.

—Y un cochino fiscal. En fin, no hay que hablar de ello, yo cometí un resbalón y lo pagué caro, gajes del oficio. Después de todo, la policía tenía razón.

—Y tú lo sabes bien porque fuiste agente federal.

—Hizo una pausa y ante el silencio de aquel hombre de abundante cabello rubio oscuro, ojos inquisitivos y fríos como el acero, cuya edad frisaría en la treintena, ella prosiguió: —Yo puedo darte el dinero que te haga falta para que pases este mes que te queda, digamos de condena.

—Gracias, cariño, pero no soy ningún *gigoló*. Sé arreglármelas solo.

—Digamos que te lo presto.

—Mejor te vas a actuar; me agradas más cuando te mueves y

estás callada. Creo que Jefferson te está vigilando.

En efecto, Jefferson había aparecido en la barra y desde allí vigilaba a su joven esposa, ya que él pasaba de los cincuenta.

—Que se fastidie.

Alf no pudo evitar que Lulú volviera a besarlo antes de alejarse hacia el escenario.

Jefferson se aproximó a Rodman. Frío, sarcástico, preguntó:

—¿Conversación interesante?

—Le estaba diciendo a Lulú que apenas tengo para pagar la cuenta de esta noche. El Piscis es un club caro.

Jefferson sonrió.

Llevaba un vaso largo en la mano del que tomó un sorbo de su contenido, que no era otra cosa que leche de almendras para ir calmando el dolor de su duodeno.

—Los investigadores privados son como las cigarras. Cantan pero no ahorran, y eso que por cualquier trabajito cobran caro.

—No me va el papel de hormiga ni el de niño obediente.

—¿Por rebelde abandonó el FBI?

—No me agrada que me manden.

—Y a mí, que nadie se cruce en mi camino, Rodman. —Señaló a Lulú, que había comenzado a contonearse en la pista al compás de la sensual música. Sus ojos azules, llenos de fuego, no se apartaban del rostro de Alf Rodman—. Ella es mía.

—Nadie se lo discute, Jefferson.

—Rodman, ¿sabe lo que ocurre a quienes no pagan la cuenta en mi local?

—Ya sé que no le gusta que la policía meta las narices aquí dentro.

—Exacto —asintió—. No me agradan los «polis» ni los «seudopolis». Tengo mis muchachos y son algo duros cuando trabajan.

—Usted no hará eso conmigo, Jefferson.

—¿Y por qué no? Después de todo, Alf Rodman sólo es un investigador privado y con la licencia retirada por un juez.

—Sólo por dos meses.

—Bueno, por dos meses, pero es ¿cómo diría? Como si hubiera caído en desgracia.

—¿Dice eso para que no pida ayuda a mis excolegas por si sus

muchachos me vapulean?

—Correcto.

—Jefferson, usted sabe que no acudiría a nadie. Me recuperaría, eso sí, y entonces le buscaría.

—Vamos Rodman, quite la vista de mi esposa y larguése del Piscis. Por esta noche se ha divertido suficiente. Si se va ahora mismo, —habrá bebido por cuenta de la casa y no tendrá problemas.

Alf miró a Lulú que en su sensual baile ya se había quitado un par de prendas y cada vez estaba más atractiva.

—Si no quiere que la miren, ¿por qué la deja subir a la pista a hacer eso?

—Es difícil de explicar. Lulú es muy caprichosa y yo la quiero mucho, y hablando de celos, sólo me preocupo cuando hay motivos.

—¿Quiere que le diga una cosa, Jefferson?

—¿Cree que está en posición de poder dar consejos?

—Es posible que no, pero a Lulú no podrá acapararla usted. Ella tiene un corazón demasiado generoso para ofrecérselo a un solo hombre y menos a usted, por más dinero que posea.

—Le voy a...

Jefferson no terminó la amenaza. En aquel instante sonó el teléfono que había sobre la mesa. Alf lo tomó llevándoselo a la oreja y desoyó las palabras del propietario del club.

—¿Diga?

—¿Rodman? —preguntó una voz femenina que Alf no recordó haber oído con anterioridad.

—Sí.

—¿Quiere ganarse unos billetes?

—Va al grano, ¿verdad?

—No tengo tiempo que perder. ¿Quiere ganarse esos billetes?

—Cuando dice billetes, ¿a cuántos se refiere?

—Un billete grande por cada día de trabajo que le dé.

—¿Y cuántos días de trabajo serán?

—Depende de la rapidez con que resuelva el caso. De cinco o diez días como máximo.

—Me agradecería, pero existe un inconveniente.

—¿Su licencia de investigador retirada?

—Parece estar al corriente.

—Cuando contrato a alguien, sé lo que hago.

—Bien, supongamos que acepte el caso. Puedo tener problemas con la policía y retirarme la licencia definitivamente.

—No tendrá problemas con la ley, y si acepta el trabajo, le daré cinco grandes por adelantado. Le espero en Sunset Boulevard cuatrocientos dos.

Escuchó el ruido del auricular al ser colgado y apretó los labios molesto. Hubiera deseado hacer un montón más de preguntas a aquella desconocida de la que ignoraba hasta el nombre.

«Siempre estoy a tiempo de rechazar el trabajo si no me interesa, pero en la situación actual, vale la pena arriesgarse», pensó poniéndose en pie.

—¿Sabe una cosa, Jefferson? Acepto la invitación de la casa y quédese con su preciosa Lulú. No le diré que no sea mi tipo, está fenómeno, pero soy de los que creen que California tiene suficientes bovinos.

Jefferson enrojeció ligeramente, pero como Rodman ya se alejaba, lo único que hizo fue cambiar una mirada de inteligencia con el par de hombres vestidos de *smoking* que custodiaban la puerta.

Cuando llegó a la salida, siempre observado por la mirada llameante de Lulú, los dos gorilas, boxeadores del peso pesado ya retirados, se colocaron a su lado. Sonrientes dijeron:

—Pase al guardarropía. Parece que hemos encontrado algo que le pertenece.

—Oh sí, como no. —Les siguió fuera del local por el vestíbulo.

Uno de ellos abrió una puerta que daba junto al guardarropía, mas los dos codos de Rodman se dispararon hacia ambos lados sorprendiendo los estómagos de los *bouncers* que se disponían a vapulearle.

Él de su derecha se recuperó antes y sacó de un bolsillo una perra de plomo y caucho con la que trató de agredir a Alf sin conseguirlo. Por su parte, encajó un talonazo en el bajo vientre que le obligó a arrodillarse de dolor.

La chica del guardarropía, una castaña joven, de ojos grandes y vivaces, con los brazos cruzados sobre el pequeño mostrador, contemplaba la escena. Aquello no era nuevo para ella y lejos de asustarse le divertía el espectáculo.

Un codazo en la boca del estómago, y un gancho de derecha, dejó fuera de combate a uno de los matones. Al otro, terminó de dormirlo con un suave y efectivo punterazo en la mandíbula.

—Creo que Jefferson no va a quedar contento por lo ocurrido, pero si tiene dinero y a Lulú, ¿qué más quiere?

—¡Alf! —llamó la chica, que le conocía bien.

—¿Qué ocurre, encanto?

—Quiero pagarte por el espectáculo. Siempre estoy tan aburrida en ese cuartucho, oliendo a naftalina y a sudor...

—Oh sí, cómo no. Yo nunca trabajo gratis.

Le dio un beso en los labios, y como que uno de aquellos matones empezaba a despertar, sin dejar de besar a la chica, de un talonazo, lo envió de nuevo al mundo de los sueños.

Cuando salió a la calle, la joven del guardarropía continuaba con los labios entreabiertos y húmedos y los párpados cerrados. Aquello era superior a sus fuerzas.

En el suelo, los dos gorilas seguían durmiendo. Al despertar se encontrarían con dos cosas desagradables: una fuerte jaqueca y una bronca de Jefferson.

Alf Rodman tenía aparcado su «Pontiac» un par de cuadras más al sur de la amplia calzada. Llegaba a él cuando tuvo la impresión de que alguien había clavado sus pupilas entre sus omoplatos, una sensación que no le agradaba en absoluto.

Alf Rodman poseía el sexto sentido de detectar la presencia de alguien cerca de él, cuando se disponía a atacarle.

Por un instante pensó qué sería mejor, si continuar lo que estaba haciendo, es decir, sacar las llaves de su coche, meterse dentro y dejar que le siguieran, o volverse rápidamente y encararse con quien le miraba con la fijeza suficiente para que él captara aquella mirada sin llegar a verla.

De pronto escuchó el seco disparo de una pistola de aire comprimido. Quiso agacharse para evitar el proyectil pero ya era tarde.

Notó una fuerte punzada debajo del omoplato. Quien disparó lo hizo con precisión.

Un intenso dolor invadió la zona afectada, luego tuvo una sensación de frío. Se revolvió al tiempo que su mano giraba hacia la espalda, tratando de arrancarse aquel aguijón de acero. Cuando lo

consiguió, la ampolleta ya estaba vacía.

En el portal de una escalera oscura vio a un hombre pequeño, con gafas de grueso cristal. Cubría su cabeza con un sombrero caro de fieltro y sonreía ampliamente mientras su mano empuñaba una pistola especial.

Quiso avanzar hacia él, mas la vista se le enturbió rápidamente. Las rodillas se negaron a sostenerle y se derrumbó besando el suelo.

Volvió a levantar la cabeza mientras todo danzaba a su alrededor, incluso la figura del desconocido que se le acercó lentamente deteniendo sus pies ante su rostro.

Trató de mover las manos pero había perdido casi totalmente el control de su cuerpo. De un modo gutural, casi ininteligible, preguntó:

—¿Por qué?

No obtuvo respuesta y se hundió en una densa oscuridad.

CAPÍTULO II

Alf W. Rodman comenzó a tener sensaciones, a darse cuenta de que vivía y de que no había pasado a formar parte de la billonaria lista de los muertos.

La cabeza le dolía. Sin embargo, le parecía que se la habían llenado de espuma plástica y que su cráneo había sido recubierto de acero, oprimiéndole dolorosamente.

Despegó los párpados y en principio su visión resultó borrosa. Ante él había una lujosa piscina, iluminada por focos. Alguien se zambulló en el agua y comenzó a nadar hacia él.

Alf estaba seguro de que aquel alguien era una mujer, una mujer con cabellos rubios propios de una walkiria y cuerpo armonioso, rabiosamente atractivo.

Sentía todo su cuerpo pesado y pensó que se debería a la droga que le habían administrado en forma de cápsula, pero ¿qué hacía ante aquella piscina y recostado en una cómoda tumbona?

La fémina, único ser que parecía hallarse cerca de él, se aproximaba cada vez más a la orilla de la piscina. Alf Rodman quiso levantarse cuando junto a él escuchó un gruñido amenazador.

Al girar su rostro vio un mastín de pelo corto y brillante color azabache. Pesaría sesenta o setenta kilos, tenía poderosas patas y temibles fauces. Al hombre no le cupo ninguna duda de que con una sola dentellada aquel animal podía partirle un brazo y con otra, seccionarle el cuello.

El mastín estaba en posición de ataque y él, estirado en la tumbona, tenía muy pocas probabilidades de salir con vida si la fiera le atacaba.

Además, se dio cuenta de que lo único que vestía era un pantalón. Carecía de camisa, camiseta e incluso tenía los pies desnudos. Aquella situación no acababa de comprenderla.

—«Sabú», quieto, y usted, Rodman, será mejor que no se mueva.

El perrito tiene orden de vigilarle.

Sentado en la tumbona, Alf contempló a la espléndida sirena que se sentaba en el borde de la piscina. Su cuerpo mojado brillaba bajo la luz de los focos. La piel tostada por el sol hacía resaltar los rubios y claros cabellos de la fémina. También pudo admirar la erectitud de sus senos, la estrechez de la cintura sin trampas, ya que llevaba bikini, y la proporción armoniosa de las caderas.

—¿Y a esta fiera, que para sí hubieran querido los campos de concentración nazis, le llamas perrito?

—Puedes llamarle «Sabú», pero no intentes que te obedezca. Está entrenado para solo acatar mi voz de mando.

—¿Es él quien te protege?

—Sí. En este *cottage* sólo estamos él, tú y yo, y me siento muy segura. Es un perro fiel y efectivo.

—Prefiero no probar en mi anatomía su efectividad. Ahora, si dejamos de hablar de esta fiera, podríamos...

—¿Hablar de ti?

—¿Y por qué no? ¿Dónde estoy?

—Ya te lo he dicho, en un *cottage*.

—¿Sólo eso?

—Bueno, se me olvidó decirte que en un par de cientos de millas a la redonda sólo hay páramos. No hay agua ni carreteras por donde pasen coches.

—Si no hay agua aquí, ¿cómo está esa piscina?

—Un pozo y una poderosa bomba, ése es el secreto.

—Ya tenemos un punto medio resuelto. Me hallo en un lugar ignorado en mitad del desierto californiano. ¿Qué más?

—Me llamo Vanda y puedes tutearme.

—Magnífico, ya sé algo más. Este bicho se llama «Sabú» y tú Vanda. Estamos solos en esta especie de oasis como si fuera un islote en mitad del océano, pero ¿y el tipejo que me disparó la cápsula narcotizante?

—¿Peter? Él no está aquí, no hay nadie más, ni siquiera coche con el que poder marcharse.

—Diablos. ¿Quieres decir que no tenemos escapatoria de este lugar?

—¿Qué sucede, Rodman, no te gusta el *cottage*? Te advierto que tiene buenas comodidades.

—No lo dudo; pero una jaula, aunque sea de oro, no deja de ser jaula.

—Nadie pretende encerrarte aquí.

—¿Entonces?

—Es sencillo. Yo llamé por teléfono al Piscis Club.

—Sí, ya recuerdo. Mil dólares por cada día de trabajo y cinco mil por adelantado, pero esta situación no la comprendo. ¿Por qué dispararme para dormirme, por qué traerme aquí?

—Aquí no estás en disposición de hacer preguntas. Tendrás que elegir.

—¿Entre qué?

—Entre trabajar para mí o no hacerlo.

—Supongamos que no acepto y quiero largarme.

—No hay coche.

—Puedo intentar la odisea andando.

—No tienes zapatos, ¿no te has dado cuenta? Ni siquiera camisa. ¿Cuánto rato caminarías por el desierto descalzo y sin protegerte el cuerpo? Ahora es de noche, sopla una brisa suave, pero durante el día es horrible; el sol es plomo fundido.

—Lo imagino, pero no creo que fueras tan cruel de hacerme marchar tal como estoy.

—¿Alí no? ¿Y por qué crees que se han llevado tu ropa? Te advierto que no te daría tiempo a construirte unos zapatos con la lona de la tumbona o algo con que protegerte la cabeza y la espalda. «Sabú» y yo te escoltaríamos la primera milla en el desierto para abandonarte después a tu suerte. Luego, si intentabas volver, «Sabú» te recibiría. Es un perro muy listo, no llegarías ni a tocar la cerca antes de que «Sabú» te hubiera tomado por un intruso.

—Supongo que eso sería letal para mí.

—En efecto. Además, descalzo no llegarías a caminar ni la primera milla y mucho menos volver.

—Resulta que no me queda otro remedio que trabajar para ti. Salgo ganando dinero y el pellejo.

—Empiezas a comprender.

—Por todos los diablos, nunca creí encontrar a una hembra tan hermosa y cínica como tú.

—¿He de tomártelo como un halago o un insulto? —preguntó ella sonriendo.

—Tómalo como gustes, y ahora explícame cuál es el trabajo. Comprenderé por qué te has tomado tanto trabajo para obligarme a aceptar tu oferta.

—He estado buscando un investigador privado idóneo para lo que me hace falta.

—¿Y yo soy ese investigador idóneo? —preguntó sin moverse de la tumbona, siempre vigilado por el mastín, mientras Vanda se ponía en pie y el hombre podía admirar su esbeltez.

—Sí. Estaba buscando un investigador al que no importara trabajar de forma poco ortodoxa.

—Hablando más claro, un investigador sucio.

—Sí, si quieres llamarlo así.

—Lo lamento, yo no soy ese tipo.

—¿Prefieres comenzar a caminar? —Hizo una pausa y dio una voz de mando en alemán.

«Sabú» se incorporó gruñendo amenazadoramente hacia Alf; parecía dispuesto a saltar sobre él.

El hombre carraspeó.

—Mejor será que sigamos charlando.

—Perfecto. Ah, se me olvidaba decirte que no se te ocurra tirarte a la piscina. «Sabú» es un excelente nadador, pero por encima de todo es un animal inteligente y aguardaría a que salieras del agua.

—Comprendo; mejor seguimos hablando. Dile al perrito que cierre sus fauces. Soy alérgico a los gruñidos y a los colmillos babeantes.

Vanda dio una nueva orden en alemán y el mastín se recostó, aplastando el vientre contra la fina arena.

—Bien, decíamos que tú eres el hombre idóneo para el trabajo que preciso.

—¿Hay que matar a alguien?

—Ése no es el fin, pero pudiera ser que fuera uno de los medios para llegar al fin.

—Y esos posibles muertos, ¿son personas honorables o hampones?

—Hampones, por supuesto, gente que tratarán de mandarnos al infierno a los dos.

—En ese caso, no va a dolerme exterminar ratas; pero dime, ¿qué es lo que vas a ganar en todo esto?

—Un alijo de brillantes. Debía haber llegado a mis manos con normalidad, pero ha encontrado dificultades por el camino.

—¿Y hay qué recuperarlo?

—Ése es el trabajo.

—Pero ¿dónde se ha extraviado?

—En

Hong-Kong.

—Eso cae un poco lejos de aquí, ¿eh? A menos que ahora nos encontremos en el desierto de Gobi.

—Me agrada que no pierdas el humor. Ah, olvidaba advertirte que ni por un instante debes pensar en darme el esquinado, ni en Hong-Kong ni en ninguna parte.

—¿El perrito estará siempre a mi lado?

—Sí, el viaja conmigo, pero no será él quien te persiga, sino la policía.

—¿Y con qué motivo?

—Homicidio en primer grado.

—Vaya, la situación se complica. ¿Ya quién se supone he liquidado?

—Tony Mendoza. Lo hallarán en la carretera del Este de Los Ángeles. Tiene un cuchillo clavado en la espalda y en ese cuchillo están tus huellas dactilares. La policía no tardará en reconocerlas, será fácil para el equipo dactilográfico. Alf Rodman, exagente federal, investigador privado y con la licencia retirada por el delito de intromisión en la propiedad ajena. Ni el mejor abogado te libraría de la cámara de gas.

—Esto empieza a disgustarme sumamente. ¿Quién era Tony Mendoza?

—No te preocupes por él, era un asesino a sueldo del que no se fiaba ni su madre; pero para condenar a alguien a la cámara de gas no importa que la víctima sea un ángel o un demonio.

—¿Y tú qué eres, ángel o demonio?

—Soy lo que tú quieras que sea, pero hablemos del trabajo. Tú dejarás de ser Alf W. Rodman y te llamarás Alf J. Evans. ¿Te gusta?

—No está mal, si eso evita que vaya derecho a la cámara de gas.

—Así es. Además, vamos a tener un pasaporte rhodesiano. Las

autoridades inglesas serán gentiles con nosotros, y según el visado, hace un mes que estamos residiendo en

Hong-Kong,

cuando la verdad es que llegaremos allí, si todo sale bien, dentro de unas horas.

—¿Por qué tanta precaución?

—Hay mucha gente buscando ese alijo de brillantes. Va a ser una lucha salvaje recuperarlo y no quiero que nos controlen desde el principio, cosa que sucedería si llegáramos a

Hong-Kong

con normalidad. Hay gente sobornada en la aduana que inmediatamente daría la alerta y nos asesinarían antes de que nos diésemos cuenta.

—De modo que hemos de atacar por sorpresa.

—Ésa es nuestra principal baza para obtener el alijo y salir con vida.

—Y el alijo de brillantes, ¿sube mucho?

—Eso no te importa. Vas a trabajar para mí, no eres mi socio.

—Lo tienes todo prevenido.

—Sí, incluso la posibilidad de que quieras quedarte con el alijo de gemas cuando caiga en nuestras manos.

—¿Qué sucederá entonces?

—Lo sabrás a su tiempo. Por de pronto, ya conoces los principales detalles, es decir, se me había olvidado uno. No tiene mucha importancia, pero debes conocerlo.

—¿Cuál es?

—Según el pasaporte, somos marido y mujer.

—Ésa es la parte que más me gusta del trabajo. ¿Cuándo empezamos a hacer efectivo eso del matrimonio?

—Creo que ya hemos hablado suficiente por esta noche. Voy a dar la orden por radio de que pueden pasar a recogernos.

—¿Cuándo sucederá eso?

—Dentro de un par de horas.

—Magnífico, hay tiempo para todo.

—Hay tiempo para descansar. Aprovecha ese par de horas porque luego es muy posible que pases varias noches sin dormir. Yo, después de llamar por radio, pienso descansar en la cama.

—Estupendo, yo también prefiero la cama. Te acompaño.

—Tú te quedas aquí, salvo que quieras probar los dientes de «Sabú».

Como que Alf trató de incorporarse, el perro hizo lo propio amenazadoramente y le impidió que abandonara la tumbona.

Alf W. Rodman vio alejarse a aquella belleza en bikini hacia el interior de la casa, más el perro no le permitió moverse.

Bruscamente, se despegó de la hamaca y saltó por el aire, mientras las mandíbulas del can trataban de alcanzarle. Se zambulló en el agua bajo los focos que iluminaban la piscina.

Cuando afloró a la superficie vio que el perro se había quedado ladrando en el borde de la piscina sin saltar al agua. Aquello no le gustó; había esperado ganarle la baza dentro del agua haciendo natación subacuática.

—Lo lamento, Alf. Tú mismo has escogido pasar este par de horas en remojo. Es bueno que empieces a comprender que la mejor solución a tus problemas es obedecerme.

Vanda dio una nueva orden en alemán, que por supuesto Alf no entendió, y desapareció en el interior de la casa.

No tardó Alf en averiguar lo que significaba aquella orden.

Cada vez que nadaba hacia uno de los bordes de la piscina, el mastín corría, rodeándola si era preciso, pero llegando antes que él en todas las ocasiones. Sus fauces abiertas y su gruñidos terroríficos le impedían salir de la piscina.

Vanda lo había condenado a pasar dos horas dentro del agua, y el perro sería el encargado de que la orden se cumpliera. A partir de aquel instante, Alf W. Rodman comenzó a comprender lo que significaba la canifobia.

CAPÍTULO III

Christopher Bering, británico, empleado de la aduana inglesa en la colonia de

Hong-Kong,

era alto, magro de carnes, rostro surcado por arrugas y ojos ambiciosos que solía ocultar tras unas gafas oscuras de amplia montura. Por su cargo y posición, frecuentaba los mejores clubs blancos de

Hong-Kong,

y era recibido por las primeras autoridades y magnates de la colonia.

Todos sabían que Christopher Bering tenía y gastaba más dinero de lo que ganaba en su puesto gubernamental, pero ¿quién no obtenía beneficios extras en la abigarrada y comercial

Hong-Kong,

punto entre Oriente y Occidente pese a ser un retazo de Asia?

En

Hong-Kong

nadie preguntaba excesivamente por la fortuna del prójimo; era nocivo meterse en los líos ajenos.

Hong-Kong, gigantesco basurero humano, plagado ahora de rascacielos de hormigón, acero y cristal, imperio de los narcóticos y enlace comercial entre la China roja e Inglaterra, era el lugar idóneo para estar hoy sin un centavo, al día siguiente tener cien mil dólares y al tercero estar muerto. Quienes allí vivían dominados por la ambición, sabían que podía ocurrirles aquello. Era un mundo plagado de rostros amarillos semejantes unos a otros, donde en una habitación de no más de cinco yardas cuadradas dormían apretujados diez seres humanos que trabajaban agotadoramente como estibadores del muelle para ganar un sueldo que apenas les alcanzaba para adquirir la droga que les viciaba. Mientras, hombres

como Christopher Bering, sin ninguna clase de escrúpulos, poseían apartamentos de doscientas yardas cuadradas, gran automóvil y gastos tan considerables que sólo uno de ellos bastaría para alimentar durante un año a uno de aquellos niños desaharrados que deambulaban por la colonia en busca de comida.

El británico detuvo unos segundos su «Chrysler» blanco, último modelo, frente a unos grandes almacenes.

Un oriental de cabeza calva y brillante, luciendo una pequeña barba y vistiendo con severidad, abrió la portezuela y se introdujo en el auto. El británico apenas le dedicó una mirada de reojo.

Bering, como rubicundo anglosajón que era, no gustaba de las mezclas de razas. Al igual que muchos de sus compatriotas, era un segregacionista, pero en situaciones como aquélla prefería tragarse su aversión hacia los amarillos.

Yao Conach era un sujeto de cuidado. Pese a estar ahora en territorio británico, bastaba una sola orden suya para que cualquier noche, al llegar a su casa, Christopher Bering se encontrara cosido a puñaladas, barrido a balazos o con algún potente explosivo dentro de su lujoso auto.

Yao Conach era un alto comisario de la policía chino roja. No solía hablar de su poder o graduación, sólo daba órdenes y exigía que éstas se cumplieran de inmediato. El contrariarle podía significar la muerte o despertar en una oscura y lóbrega celda del corazón de China, de la que ya no se volvía a salir jamás y cuya única diversión, para el resto de la vida, era tomar diariamente un cazo de maloliente arroz.

Christopher Bering prefería tomar la otra cara de Yao Conach, un hombre que cruzaba la frontera británico-china con la facilidad de una mosca. A través de Conach, Bering obtenía pingües negocios de tráfico clandestinos de narcóticos o introducción de productos manufacturados británicos en el interior de China, comercio de exportación que se realizaba sin licencia a través de hombres como Bering.

—¿Qué ocurre, Conach, no capturaron a su hombre?

—Sí, pero el trabajo no está terminado, sólo ha hecho que empezar. Ese americano fue listo y nos hizo una jugarreta.

—¿Problemas?

—Sí. Diríjase a la clínica Albertson.

Bering no opuso la menor objeción y condujo el «Chrysler» hacia el embarcadero de Victoria. El automóvil subió al *ferry-boat*, obligando a apartarse a los pequeños amarillos y a sus madres, so pena de ser aplastados.

El encargado del *ferry* conocía bien al británico y se apresuró a sonreírle, acomodando el auto dentro de la embarcación, que no tardó en ponerse en marcha, repleto de chinos.

Yao Conach prefirió no apearse, haciendo la travesía dentro del «Chrysler», al igual que Bering.

A su llegada a la continental Kowloon, el «Chrysler» fue el primer vehículo en desembarcar.

Atravesaron la población de Kowloon, no tan elegante ni rica como Victoria, la capital de la colonia, y tomando la carretera de Cantón, paralela a la vía férrea, rodaron en dirección al Telón de Bambú.

Yao Conach viajó en silencio mientras fumaba un cigarrillo asiático que, por el olor que despedía, Bering estaba seguro de que contenía una pequeña dosis de droga.

Cinco millas antes de arribar a Tai-Po, se desviaron por un camino particular que les condujo a la clínica residencial Albertson.

La clínica, especial para orientales adinerados, era amplia, lujosa y aséptica. Cualquier chino habitante de la colonia no podía pagar los trescientos dólares hongkoneses diarios que costaba sólo la estancia y la comida, gastos de cirugía, tratamiento y personal médico aparte.

Yao Conach bajó del auto sin dejar de fumar y aguardó a que Christopher Bering se reuniera con él.

—Bien, ahora podemos hablar.

—¿Temía hacerlo dentro del coche? —preguntó sarcástico el inglés.

El oriental, algo más grueso y más bajo que Bering, le miró con sus ojos profundos y fríos. Fumando parsimoniosamente, sonrió. Luego repuso:

—No será usted quien me chantajee, Bering.

—¿Chantajee? Una palabra muy fuerte, ¿no cree?

—Es posible, pero prefiero no arriesgarme a que usted lleve una

grabadora dentro de su automóvil. Los tipos como usted, que sólo sirven a la bandera del dinero, no me ofrecen ninguna garantía.

Las mandíbulas del británico se contrajeron. Era un hombre frío, calculador, y poco dado a la violencia, dejando para otros la parte desagradable de los trabajos, pero en aquel instante deseó con toda el alma achatar aún más el rostro del oriental de un puñetazo. Pero se tragó la hiel y terminó por sonreír.

—Y usted, ¿a qué bandera, sirve, Conach?

—Usted lo sabe bien. Un día, toda Asia será nuestra y los ingleses serán arrojados a puntapiés de esta colonia. Luego, podremos expandirnos más. Somos fuertes, una potencia nuclear y constituimos un pueblo de más de setecientos millones de almas. Una ofensiva masiva por nuestra parte no podría ser resistida por ningún país del globo.

—Es posible, pero todo eso, por ahora, sólo son sueños del futuro.

—Un futuro que nosotros no vemos lejano, Bering. Rusia y los Estados Unidos desean ya pactar con nosotros porque nos temen, les asusta sólo pensar en el problema amarillo, como ellos lo llaman. Allí, en Cantón, al otro lado de lo que se ha dado en llamar el Telón de Bambú, hay un pueblo que prospera, que cada día está más preparado, un pueblo que no tiene suficiente tierra para vivir y necesita otros territorios. Sin embargo, creo que es mejor que dejemos de hablar de política, Bering.

—No se les vaya a olvidar que todos aquellos que han tratado de dominar el mundo siempre han fracasado.

—Es posible —siguió hablando en su perfecto inglés, pues Conach se había educado en la propia Inglaterra—, pero algún día, alguien no fracasará. Pero, insisto, hablemos de lo que interesa. Seguro que vendrán americanos a por nuestro invitado Lester.

—¿Vendrán, y los que ya hay en la colonia?

—Ésos están perfectamente controlados por mis huestes, estimado Bering. Cualquier chica de *sampán*, un tirador de *riskhaws*, el camarero de un hotel, etcétera, puede ser uno de mis agentes vigilándoles a todos ustedes.

—Sí, es de sobras conocido que en

Hong-Kong

hay tantos espías rojos como bambúes en todo el continente

asiático.

—Espero que no lo olvide, amigo Bering, y no se le vaya a ocurrir tratar de negociar con los agentes rusos que hay en la colonia. También ellos están vivamente interesados en el caso. No sé cómo, pero se han enterado de lo que ocurre. Todos los ases de este juego están en mi poder, evidentemente, pero no me gustarla que a usted se le fuera la lengua, estimado Bering.

—¿Me está amenazando?

—Sólo le prevengo. Por cierto, quería pedirle un favor.

—¿Cuál? —inquirió el británico, molesto ya por tanta arrogancia como demostraba el oriental al que, en su fuero interno, despreciaba como segregacionista que era.

—Va a controlar todas las llegadas de americanos a la colonia y me comunicará sus nombres en la forma acostumbrada. Mis hombres los investigarán uno por uno y serán vigilados. En este asunto, no quiero ni una sola torpeza por parte de nadie. El que falle caerá, aunque sea usted mismo, estimado Bering.

—Y si falla usted, Conach, ¿qué sucederá?

—Mi cabeza también rodará —replicó sonriente—, pero eso va a ser muy difícil, ¿no le parece?

—Bien, Conach, mantendré el control de llegada de americanos en la forma habitual y les pasaré los datos, pero no me gustaría verme mezclado en ningún delito de sangre.

—¿Qué le sucede, Bering, le repugna la sangre y no los estupefacientes, el hambre y la miseria del prójimo que hombres como usted provocan para enriquecerse?

—¿Por qué utiliza mis servicios si le soy tan repugnante?

—Porque me son necesarios, pero no cometa ningún error porque podrían dejar de sèrmelo y sería fatal para usted. Ahora, ya puede regresar a su vida de lujo en Victoria, pero no olvide su trabajo; espero datos en breve plazo.

—Empiezo a intuir que no ha sacado todo el jugo que deseaba de su digamos invitado, ese chino nacido en San Francisco.

Christopher Bering hubiera deseado escupir a aquel sujeto de ojos oblicuos que era un cínico despreciable, pero pensó que él no era mucho mejor en su comportamiento. Sin añadir más palabras, subió al «Chrysler» y se alejó de la clínica.

Yao Conach dio una chupada al cigarrillo, drogado en su

boquilla, y lentamente dio media vuelta introduciéndose en la clínica Albertson.

Para la construcción de aquella clínica, el Gobierno británico había colaborado facilitando permisos, instrumental último modelo y cuántos aparatos hicieran falta para la práctica de la cirugía y medicina en general.

Los gobernadores de la colonia habían deseado estar a bien con los poderosos orientales que regían el imperio del comercio y la banca en aquel rincón superpoblado del mundo. Por ello, tampoco faltaban los especialistas blancos para atender la clínica, cobrando, como era lógico, unas pagas muy superiores a las de sus colegas residentes en la metrópoli inglesa.

El recepcionista oriental miró al hombre que acababa de entrar. Intercambió una mirada de inteligencia con él y no pronunció palabra.

Yao Conach se dirigió al ascensor. Pulsó el botón del sótano y la cabina descendió.

En el sótano de la clínica había varias dependencias, lavandería, cocinas, etc., pero en el lado este había una puerta pintada de blanco, al igual que sus hermanas, pero en la que un rótulo indicaba: «PRIVATE». Al tocarla podía notarse el tacto frío del acero. No, aquella puerta no era de madera ligera como las otras, sino de acero reforzado con una cerradura de apariencia normal pero difícil para cualquiera que tratara de violentarla.

Seguro de que nadie le miraba, Conach introdujo un llavín en la cerradura y franqueó la hoja. Pasó al interior de una estancia donde se acumulaba instrumental médico más o menos en desuso y cerró la puerta tras de sí.

Se enfrentó con un aparato de rayos X, aparentemente abandonado. Clavó su mirada en el panel electrónico que poseía una docena de pulsadores y efectuó una combinación con ellos. Inmediatamente, se encendió una luz roja en el panel y el muro del fondo se corrió totalmente dejando libre el paso a un amplio pasillo bien iluminado con lámparas fluorescentes pegadas al techo y protegidas con rejillas que las hacían invulnerables a los golpes.

En el corredor había varias puertas. Yao Conach pulsó un botón y el muro tomó a correrse tras él.

Dos orientales armados aparecieron al fondo del corredor. Yao

les aguardó quieto. Cuando llegaron a su altura increpó:

—¡Estúpidos! ¿Estabais durmiendo? Os habéis retrasado casi medio minuto. Al abrirse este muro teníais que estar aquí, preparados para recibir a quien fuera. ¿Comprendido?

Los dos chinos asintieron con la cabeza, pero no osaron articular palabra. Conocían bien el genio vivo de Conach, jefe de toda la organización de espionaje amarillo-rojo en

Hong-Kong.

Yao Conach franqueó una de las puertas y pasó a una estancia donde había varios hombres. Dos de ellos, en pie, escrutaban a un tercero que se hallaba sobre una camilla articulada de quirófano, bien sujeto por gruesas correas. Sin embargo, aquel hombre, también de piel amarilla y ojos oblicuos, no parecía tratar de moverse, ya que sus párpados se hallaban cerrados y todo su aspecto era el de estar durmiendo pacíficamente.

—Le esperábamos, coronel Conach —dijo uno de los dos hombres, el que tenía un aspecto más científico. El otro, joven y delgado, parecía su ayudante.

—¿Qué ocurre, Woan?

—La situación está difícil.

—¿Que sucede, es que con todos los medios de que disponen no van a poder hacer hablar al prisionero?

El científico se puso nervioso. Su ayudante prefirió revisar los instrumentos que había sobre la mesa, rehuyendo así la dura mirada del coronel.

—No es culpa nuestra, coronel. Cuando ustedes lo pusieron en nuestras manos, ya se había tragado la cápsula que le ha dejado en estado letárgico.

—Pero ¿cuánto tiempo estará dormido, en coma o lo que sea?

—Lo ignoramos, coronel. Hemos analizado su sangre y no se ha podido averiguar qué tipo de droga ha ingerido para sumirse en ese profundo letargo del que no parece despertar.

—¡Maldita sea! Antes se tomaban una pastilla de ácido prúsico y se iban al infierno. No es que eso nos beneficiara, pero por lo menos sabíamos a qué atenernos. Ahora, se quedan dormidos y que hagan con ellos lo que quieran, no se les puede sacar ni una palabra.

—En este estado, no, coronel. Le hemos inyectado pentotal y no ha experimentado ni la más leve reacción. Su respiración es lenta,

su pulso late muy débil e incluso diría que su temperatura ha descendido un par de grados.

—No me diga que se ha puesto en estado voluntario de hibernación. Eso no se ha conseguido todavía en el ser humano.

—Es posible que no se haya logrado, pero este hombre presenta características de hibernación.

—Pero despertará, ¿no?

—Sí, seguro, cuando la droga haya sido consumida totalmente por el cerebro. Cuando eso ocurra, nosotros tendremos preparados los inyectables para que nos diga cuánto usted desee preguntarle. Su voluntad quedará anulada y no podrá resistirse al interrogatorio. Dirá cuanto se le pregunte.

—Eso ya lo sé, Woan, pero quiero que hable pronto. Es urgente que lo haga, existe algo que debemos recuperar a toda costa y cualquier minuto perdido puede ser decisivo. Sabemos que antes de ser capturado consiguió lanzar una llamada de socorro que los espías soviéticos captaron al parecer. Ahora, están inquietos moviéndose de un lado para otro. Sería catastrófico que los rusos o los americanos se apoderaran de lo que este chino-americano pudo pasar a través del Telón de Bambú.

El especialista en neuropsiquiatría, Woan, se frotó el rostro preocupado. Se quitó las gafas de grueso cristal que protegía sus ojos y dijo:

—Si dispusiéramos de un electroencefalógrafo, aunque fuera del tipo más sencillo y elemental, sería suficiente para alertarnos en cuanto el cerebro del prisionero comenzara a funcionar.

—Me parece una buena idea, Woan. Tendrá ese aparato antes de una hora. Le aplican los electrodos al cráneo y le sujetan bien la cabeza a la camilla, lo mismo que las manos. Cúbranle los ojos con apósitos pegados con tela adhesiva para que cuando comience a despertar de su letargo no sepa dónde está. A ustedes no les hará falta mirar sus ojos, el gráfico del electroencefalograma les indicará sus movimientos cerebrales.

—¿Dice qué podremos disponer del electroencefalógrafo?

—Desde luego. Ordenaré que bajen uno, y usted, Woan, se preocupará de mantenerlo en funcionamiento. Ah, vayan inyectándole excitantes que puedan acelerar su despertar.

—Sí, coronel, ya lo haremos. También le aplicaremos corrientes

eléctricas para excitar sus sentidos. Buscaremos el medio de que despierte, pero deberá conformarse con los resultados que obtengamos, coronel.

—Está bien, doctor Woan, pero que esos resultados sean positivos y rápidos. La información que hemos de sonsacarle es vital para nosotros, no lo olviden. El que falle en su cometido, será castigado severamente. Ahora, les dejo. Voy a arreglar el asunto del electroencefalógrafo. Pueden cubrirle ya los ojos y comenzar a excitar sus sentidos como mejor puedan. Para esta misión hemos tenido que movilizar a todos nuestros hombres en la colonia. Cada paso que de un ruso o un americano será estrictamente vigilado. No podemos arriesgarnos a que se nos adelanten, por ello cualquier error puede ser funesto. Hemos de estar seguros de que si viene alguien a recuperar lo que este hombre ha dejado en alguna parte, será un sujeto listo y bien preparado contra el que será difícil luchar. Sin embargo, hemos tomado todas las medidas para que cuando llegue no tarde en ir a parar al fondo de las aguas o a un horno crematorio para que nunca más vuelva a saberse de él.

CAPÍTULO IV

El helicóptero de ocho plazas aterrizó suave y matemáticamente sobre la fina arena que bordeaba la piscina del *cottage*, ubicado en un perdido oasis del desierto californiano.

El poderoso mastín de pelaje negro, corto y brillante, corrió hasta detenerse junto a las piernas de su ama, que ahora vestía una blusa de tela negra y brillante, al igual que los pantalones que casi cubrían sus pies.

Del helicóptero saltó un hombre armado con una pistola ametralladora «Mauser» sin silenciador. Allí, nadie iba a oír sus disparos, si los había.

Alf W. Rodman salió de la piscina, ya libre de las amenazadoras fauces de aquel enorme can que con una sola de sus dentelladas podía enviar a un hombre al infierno sin que éste pudiera hacer nada si carecía de un arma con que mantenerlo alejado.

—¿Te encuentras bien, Alf?

El hombre miró a la bella mujer, que se le acercaba siempre escoltada por «Sabú».

—Maldita sea, ese perro me ha dejado más arrugado que la cara de un nonagenario.

—Nadie te ha pedido que te lanzaras al agua. Si creías que era fácil librarse de la vigilancia de «Sabú», estabas equivocado.

—En otro momento nos veremos mejor las caras ese perrito y yo.

—En otro momento, Alf, porque ahora tenemos que marcharnos; el helicóptero espera.

—Supongo que me darás tiempo para secarme y cambiarme de ropa, ¿no?

—Dentro del aparato podrás secarte, nadie va a impedírtelo. Ahora, espero no olvides que trabajas para mí y que una desertión por tu parte te costaría cara, mientras que si eres buen muchacho

puedes ganar una buena cantidad de dinero.

—Qué remedio, tendré que trabajar para la bella Afrodita, pero no me gusta la forma en que he sido contratado, y eso te va a costar unos dólares extras.

—Si no son muchos, siempre podremos llegar a un arreglo. En cuanto a la forma de contratarte, te necesitaba y no podía exponerme a que no aceptaras el trabajo.

—Claro, por lo visto tú siempre te sales con la tuya.

—Vanda, no perdamos más tiempo —advirtió el tipo de la pistola ametralladora que no dejaba de vigilar a Alf.

—Ya lo has oído, Alf, no hay tiempo para más. Todo está cronometrado. Mi plan es como una compleja maquinaria en la que no puede fallar ningún engranaje. Vamos al helicóptero.

Alf miró al mastín y preguntó, molesto, mientras sus pantalones chorreaban:

—¿También viene?

—«Sabú» me acompaña siempre.

Vanda fue la primera en subir al helicóptero. Tras ella penetró el mastín y Alf, mojado y arrugado, descalzo y sin posibilidades de huir, trepó seguido por el hombre armado. Cuando éste se hubo introducido en el aparato, el helicóptero comenzó a elevarse verticalmente guiado por el piloto.

El mastín se tendió junto a la hermosa y atrayente ama, la cual indicó:

—Atrás tienes un par de maletas con ropas que te pertenecen, Alf.

—Vaya, han aligerado mi apartamento —comentó sarcástico.

—Era más fácil buscar tus cosas que tomarte medidas y comprarte ropa nueva. Ahora, ya puedes secarte, vestirme y calzarte. Es mejor que te pongas unos pantalones y un nicky.

—¿Vas a controlar hasta mi indumentaria? —preguntó irónico.

—No, sólo es un consejo. Ahí atrás —señaló la parte posterior del helicóptero— hay unos baúles en los que nos introduciremos para realizar el viaje hasta Hong-Kong.

Alf protestó.

—No estoy acostumbrado a viajar en primera, pero de la clase turista a derecho a baúl, dista un trecho muy grande.

—No nos queda otro remedio. Yo también viajaré en uno de ellos.

—Bien.

Se fue hacia la cola del aparato y abrió una de sus maletas, que no estaban cerradas con llave. Comenzó a sacar ropa.

—Supongo que viajaremos de incógnito dentro de los baúles en la panza de un «Boeing» comercial.

—Así es. En el fondo del baúl hay una resistencia con termostato que nos dará el calor suficiente hasta llegar a

Hong-Kong,

si es que la zona de equipajes no es calentada por el propio «Boeing».

—Han previsto el frío, pero ¿y la falta de oxígeno?

—También. Van dos bombonas de oxígeno que irán desprendiendo el gas lentamente para que se mezcle con el aire normal. Tanto la resistencia térmica como el oxígeno tendrán una duración máxima de diez horas, pero será mejor que viajemos dormidos. Gastaremos menos oxígeno e iremos más cómodos. El tiempo se nos hará más corto y una vez en

Hong-Kong,

estaremos descansados para poder empezar a trabajar enseguida.

—Todo calculado. No me gusta una mente femenina tan calculadora.

—¿Por qué?

—Las mujeres calculadoras suelen ser muy frías.

—¿Acaso te gustan tontas y ardientes?

—Quizá. Siempre que he visto una bella estatua, aunque sea la Venus de Milo, he pensado que le faltaba algo.

—¿El qué? —inquirió ella sin volverse.

—Treinta y siete grados de temperatura.

—Pues a mí me ocurre lo contrario. Pienso que lo mejor que puede tener un hombre es una carencia absoluta de temperatura. Resultan más interesantes y menos primitivos.

El piloto y el sujeto armado viajaban sin articular palabra.

Rodman sabía que, por lo menos, el hombre del arma era un experto en situaciones peligrosas dada su forma de colocarse y de vigilar. No sería fácil sorprenderle.

El *cottage* había quedado atrás, perdido en el desierto. Ahora

volaban hacia la costa del Pacífico.

—Supongo que no van a dispararme otro dardo como en San Francisco, ¿verdad?

El tipo de la pistola sacó un sobre y se lo lanzó a Alf Rodman. Luego, entregó otros dos a Vanda.

—Son como chicles. Máscalos y trágatelos. En media hora harán efecto.

—De acuerdo, si no me queda otro remedio. Prefiero esto antes que un dardo en mi carne.

Alf ya no pensaba en volverse atrás. El caso le interesaba y vivamente. ¿Adónde le llevaría? ¿Perdería la vida en aquel extraño y arriesgado trabajo, controlado por una hermosa mujer de cabellos rubios y ojos azules?

El botín debía ser considerable cuando se desplegaban tantos medios para la acción, más si el asunto era demasiado sucio podía acabar de por vida en el interior de una celda británica o en la cárcel de Hong-Kong.

Vanda dio un par de aquellas tabletas masticables al mastín, el cual las engulló sin entretenerse en masticarlas. La joven se levantó y abrió los baúles.

—Estamos llegando al aeropuerto de Los Ángeles. Será mejor que vayamos preparándonos para el largo viaje.

—No me hace gracia pasar tantas horas metido dentro del baúl. ¿Y si algo no funciona?

—Yo corro el mismo riesgo —advirtió Vanda— y no me interesa morir, aunque según tú sea una estatua de mármol.

Alf miró el costado del baúl, donde un letrero en rojo advertía de la fragilidad de su contenido y de la posición vertical en que debía mantenerse en todo momento.

—Espero que los empleados de las líneas aéreas sean eficientes. La sangre se me baja a la cabeza con mucha facilidad.

—De eso nos daremos cuenta si despertamos con jaqueca.

—¿No hay peligro de que los aduaneros de Hong-Kong nos descubran?

—No. En el aeropuerto de Kaitak, alguien se preocupará de que los baúles y el resto del equipaje lleguen en perfecto estado al hotel

Victoria sin ser abiertos en la aduana.

—No es por nada, pero no podría contener la risa cuando viera la cara del aduanero al descubrírnos dentro de los baúles —dijo mientras observaba atentamente el acolchado interior del baúl que les evitaría contusiones. Se volvió hacia la fémina y preguntó—: ¿Es imprescindible viajar de forma tan incómoda?

—Por supuesto. Nadie debe enterarse de nuestra llegada a Hong Kong, sé que mis enemigos lo vigilarán todo. Oficialmente hará algo más de un mes que hemos arribado a

Hong-Kong

como una pareja de turistas rhodesianos y si allí esperan a alguien para asesinarle, es a un entrometido americano.

El gran mastín bostezó ostensiblemente. Él también ocuparía un baúl.

Alf comentó:

—Si no hay otro remedio...

Se acomodó dentro del baúl y Vanda hizo lo propio.

El sujeto de la pistola «Mauser» abandonó su asiento y dirigiéndose hacia ellos cerró los baúles.

Rodman comenzó a sentir sopor, su cabeza era incapaz de coordinar ideas. No hizo ningún esfuerzo para luchar contra aquel sueño del que estaba seguro iba a despertar, un sueño que le libraría de un largo y agotador viaje encerrado en una especie de ataúd. Jamás hubiera imaginado cruzar el ancho océano Pacífico en forma tan extraña.

Cuando el helicóptero descendía suavemente junto a los hangares del aeropuerto de Los Ángeles, donde se hallaba preparado un furgón de carga eléctrico, Alf W. Rodman se sumergió totalmente en un intenso y pesado sueño.

Cuando Alf W. Rodman comenzó a despertar, tuvo la impresión de estar siendo transportado en una carretilla. Quedó a la expectativa.

Aquella especie de recorrido lo efectuó un tanto inclinado. Al fin, tras un pequeño pero brusco empujón, quedó inmóvil. Oyó el ruido de otras carretillas y unas voces que deberían llegarle por los orificios de respiración que el baúl tenía camuflados.

—Estos baúles pesan como condenados, no sé qué habrá dentro.

—Lo mismo pueden llevar plomo que cadáveres descuartizados

—repuso otro de los mozos.

El resto de palabras no llegaron inteligibles a los oídos de Rodman, quien aguardó quieto hasta que escuchó cerrarse una puerta.

Tanteó el baúl buscando algún resorte del que no le habían hablado, y lo halló en la parte superior del mismo. Lo pulsó y la tapa se abrió, descubriendo en aquel instante que se hallaba en una lujosa *suite*.

Lo que tenía ante sí le agradaba. Al abandonar el baúl le pareció que salía de una cámara de torturas, pues lo hizo encorvado.

Miró por la ventana y comprobó que en Victoria, la capital de Hong-Kong,

lucía un sol espléndido. Se desperezó estirando los brazos y haciendo unas flexiones de piernas.

Retrocedió hasta la puerta y pasó el cerrojo para no ser molestado ni sorprendido por nadie. Luego, observó el voluminoso equipaje abandonado en la lujosa *suite* del hotel Victoria.

Cinco maletas y tres grandes baúles, incluido el suyo, que ya estaba abierto. Se enfrentó con otro de ellos y comprobó que el resorte sólo se hallaba por el interior, pues por fuera había una cerradura.

Se sacó el cinturón y la parte metálica y movable de la hebilla fue utilizada como ganzúa. Tras breves minutos de forcejeo, consiguió abrir uno de los baúles. Al descubrir al poderoso mastín en su interior, volvió a cerrar rápidamente.

Repitió la operación con el otro baúl y sacó a Vanda profundamente dormida aún.

Pasó a la alcoba de la *suite* tendiéndola en la cama. La observó con atención. Era perfecta anatómicamente hablando y su rostro, ahora dulcificado por el sueño, resultaba muy atrayente.

Pasó al cuarto de baño y llenó la bañera de agua fría. Retrocedió hasta la cama, tomó a Vanda entre sus brazos y penetró en el cuarto de aseo. Se situó frente a la bañera y quitó sus brazos de debajo del cuerpo femenino.

Vanda cayó al interior de la bañera y el contacto del agua fría en todo su cuerpo no sólo la despertó sino que la asustó, obligándola a lanzar un corto grito de sobresalto, ya que no se hallaba bajo el efecto de la droga, consumida ya por su cuerpo.

A Rodman no pareció preocuparle mucho el chapoteo femenino y permaneció junto a la bañera, tranquilo y burlonamente inmóvil.

Ella, jadeante, comprendió la situación y sumergida hasta el cuello miró con ojos fulgurantes al hombre.

—No estás en el océano, querida Vanda, sino dentro de una bañera en la *suite* de un elegante hotel de Hong-Kong.

—¿Cómo... cómo te has atrevido? —explotó llena de rabia.

—Ayer me tocó pasar a mí un rato dentro del agua y he creído oportuno devolverte la amabilidad. Por cierto, tu perrito sigue durmiendo dentro del baúl, acabo de comprobarlo.

—¡Eres, eres un...! —empezó a decir furiosa, al tiempo que se ponía en pie, pegándose la ropa a su cuerpo.

—No te agradan los despertares bruscos, ¿verdad, querida? Pues a mí tampoco, es conveniente que no se te olvide.

—¡Fuera, fuera, estoy empapada hasta los huesos!

Alf abandonó el cuarto de aseo y se dejó caer en la amplia cama matrimonial, descalzándose para ponerse más cómodo.

A los dos minutos volvió a abrirse la puerta del aseo, apareciendo Vanda con el cuerpo envuelto provisionalmente en una toalla, ya que sus ropas mojadas habían quedado en el suelo del baño.

Abrió una maleta y rebuscó sin preocuparse en ordenarla de nuevo. Tomó varias prendas.

—¿Te hace falta ayuda, querida?

Ella apretó los labios y como venganza abrió el baúl del mastín. Pero, «Sabú» se deslizó hasta el suelo profundamente dormido en el instante mismo en que Alf, caminando en calcetines, asomaba al *living* donde se amontonaban las maletas.

—Mala suerte, querida. Un guardián que se duerme no es un guardián efectivo. Ah, la toalla resbala por tu suave epidermis.

Vanda se apresuró a levantar la toalla mientras el fiero mastín roncaba tendido en el suelo.

Cogiendo con la diestra las ropas que le hacían falta para vestirse y sujetando con la zurda y el codo de la derecha la toalla que la protegía de la mirada del hombre, Vanda retrocedió furiosa hacia la alcoba, pero Alf W. Rodman se hallaba con la espalda apoyada en la jamba.

Al quedar la mujer a su altura, Alf estiró su brazo, enlazándola por la cintura. La atrajo hacia sí sin que ella pudiera evitarlo.

—Querida, creo que es el momento de ir pensando en el aumento de mi participación en este negocio.

—Eres un aventurero despreciable.

—¿Y tú, qué eres, un ángel o acaso una virgen?

Vanda soltó la ropa que tenía en su diestra y pese a su mala posición, estrechada contra el cuerpo del hombre, le propinó una sonora bofetada que Alf encajó sin pestañear.

—El hielo más frío también se derrite, querida.

Alf recibió el segundo bofetón del día, ahora en la mejilla opuesta para que el color de su rostro fuera uniforme.

Vanda escapó al interior de la alcoba, sosteniendo a duras penas la toalla sobre su figura, más se había descuidado las prendas caídas y ya era tarde para volver.

El hombre se inclinó para coger la ropa. Llamó a la puerta con suavidad y la hoja de madera se abrió lo justo para que pasara la mano femenina. Tomó la ropa y la hizo desaparecer inmediatamente tras la puerta.

Alf se tocó las mejillas castigadas y sonrió. Luego, miró al mastín que continuaba roncando y su sonrisa se hizo más amplia.

Se dejó caer en uno de los mullidos butacones y se dispuso a esperar.

CAPÍTULO V

—¿No le agrada este magnetófono al caballero? —preguntó con su dulce acento la chinita que despachaba en el departamento de electrónica del gran almacén hongkonés.

Alf W. Rodman observó interesado la grabadora de tipo portátil y buscó el guarismo identificativo de fabricación.

—No, lo siento. No es éste el magnetófono que busco.

A la chinita le costó disimular su decepción pese a que sus ojos oblicuos se hallaban encandilados en el rostro viril del norteamericano, de aquel hombre que para ella debía resultar casi un gigante, ya que llegaría como máximo con su cabeza un palmo por debajo del hombro masculino.

—Pero el caballero me ha pedido esta marca y modelo precisamente.

—Sí, lo admito, pero éste no me gusta. Es cuestión de sensibilidad.

—El color es el mismo en todos los modelos.

Ante la insistencia de la chinita, Alf sonrió y dijo abiertamente:

—Tienes unos ojos preciosos, y unos labios que recuerdan a las cerezas maduras de Washington.

Le dio un beso fugaz en la boca y la jovencita quedó como paralizada. La grabadora escapó de entre sus dedos y Alf, mientras se alejaba, dio gracias a Dios de que el mostrador se hallara debajo del magnetófono y éste no se hiciera pedazos.

Dejando para otro el trabajo de pasar la mano ante los ojos paralizados de la chinita, para despertarla de la impresión sufrida, abandonó el almacén utilizando el rápido ascensor y olvidándose de las escaleras mecánicas.

Ya en la calle, sacó una libreta donde habían apuntadas innumerables direcciones. Tachó el nombre del almacén que acaba de visitar, como ya había borrado cerca de dos docenas de tiendas y

almacenes, tras visitarlos buscando la misteriosa grabadora que Vanda le había encargado localizar.

Alf W. Rodman movió los dedos de sus pies. El día era caluroso en

Hong-Kong

y tenía los pies fatigados de tanto caminar de una tienda y de un almacén a otro en busca de la misteriosa grabadora que, al parecer, era tan valiosa.

—¡Taxi!

El vehículo público dio un frenazo y se detuvo junto a él.

—¿A dónde, señor?

—¿Conoce algún lugar donde renten automóviles?

—Oh, sí, señor. Conozco el lugar mejor para encontrar coches americanos a buen precio —respondió. El taxi se puso de nuevo en marcha.

Hong-Kong estaba repleto de tiendas que vendían grabadoras, televisores, radios, máquinas de fotografiar y múltiples productos heterogéneos de la fácil y productiva industria japonesa o de la llamada «made in

Hong-Kong»,

enmascaramiento tras el cual se vendía una gran producción de la industria rojo-china que aquel puente llamado

Hong-Kong

introducía en el mundo occidental.

El taxista no le había engañado. El gran garaje al cual le llevó rentaba automóviles de todas las marcas, tanto americanas como europeas.

—Gracias, señor —agradeció, sonriente el chino al recibir la generosa propina.

—¿Desea el señor? —le interpelló amable el recepcionista.

—Un coche.

—¿Grande o pequeño?

—Un deportivo de dos plazas y que no quepa un perro.

En aquellos momentos arribó al garaje un lujoso Chrysler. De su interior salió un elegante, alto y magro británico.

—Buenos días, señor Bering —se apresuró a saludar el empleado del garaje.

En su puro y nítido inglés, Bering respondió seco:

—Lavado y llenado del depósito. Ah, repasen el faro de la derecha; creo que falla un poco.

—Se lo repasaremos todo, señor Bering.

—Los ingleses siempre tan impecables —comentó Rodman entre burlón y amistoso.

Cristopher Bering clavó su mirada en Rodman a través de sus lentes.

—¿Por qué lo dice?

—Tiene la carrocería brillante y, sin embargo, pide un lavado.

—La limpieza es una obsesión de los británicos, nos agrada la pulimentación muy brillante. En cambio, a ustedes, los yanquis les importa poco, pese a escoger colores chillones.

—Aparte de pensar en el mal gusto de los norteamericanos, ¿quién le ha dicho que yo sea de tal nación?

El encargado del garaje observó a los dos hombres y se dio cuenta de que bajo aquella sonrisa amable, ambos eran dispares y estaban chocando ya en su primer encuentro.

—Bueno, no soy un especialista en fonética, pero diría que su acento es norteamericano.

—Pues lo siento, soy rhodesiano, al menos eso es lo que indica mi documentación. Por cierto, tómela. —La entregó al encargado del garaje, quien iba a necesitarla para la renta del automóvil.

—En efecto, es el señor Alf J. Evans, rhodesiano, casado con Vanda Stevens. ¿Se hospeda? Lo pregunto por si hemos de telefonarle o darle algún recado.

—En el hotel Victoria.

—Celebro haberle conocido, señor... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Yo no lo he dicho, ha sido el recepcionista, y mi nombre es Evans.

—Bien, señor Evans, espero verle en otra ocasión. Aunque tenga una gran densidad demográfica,

Hong-Kong

no es muy grande y menos para los que pertenecemos a la raza blanca. Solemos concurrir a los mismos clubs y lugares de diversión.

—De acuerdo, señor Bering, en alguna parte nos veremos. Estoy rentando un coche para conocer

Hong-Kong

a fondo.

—¿Profesionalmente?

Tras la pregunta del inquisitivo Bering, Alf respondió siempre con desenfado:

—Deseo escribir un libro sobre la colonia y para ello, prefiero que este ambiente penetre por cada uno de mis poros. Así es como yo escribo.

—Le deseo que su libro sea un «*best-seller*» mundial, señor Evans.

Rodman, que sin saber por qué, experimentó una antipatía instantánea hacia aquel estirado inglés, no le tendió la mano para estrechársela y el otro hizo lo propio. Bering depositó las llaves de su coche sobre el mostrador y se alejó a pie.

—Pase por aquí, señor Evans. Podrá escoger entre varios modelos que estoy seguro van a agradarle.

Cuando Alf abandonó el garaje lo hizo en un pulimentado «Porsche» verde oscuro que respondía magníficamente a sus controles.

Al pedir la llave en la recepción del hotel le dijeron que su esposa se hallaba en la habitación. Alf pensó:

«Conque mi esposa, ¿eh? Menudas dormidas me esperan en el sofá del *living*, con lo preciosa que está ella en la cama».

Subió en el ascensor a la décima planta en que se hallaba ubicada su habitación. Cuando llamó al timbre lo primero que escuchó fue el recio y amenazador ladrido del mastín.

—Hola, Alf. ¿Ha habido suerte?

—No, no tengo mucha suerte por ahora. ¿El perrito ya está despierto?

—Olvídate de «Sabú». Nada te hará si no lo molestas o me molestas a mí, claro.

—Ya sé que es tu fiel protector.

El mastín observó receloso al hombre. Éste trató de alargar su mano para acariciarlo, pero el perro le gruñó, mostrando sus poderosas fauces.

—Está visto que el perrito y yo no congeniamos, lo mismo me ha ocurrido con el tipo que he conocido en el garaje donde he rentado un coche para no dar demasiadas caminatas por esta abigarrada ciudad.

—¿Un inglés?

—Sí, se llama Bering, pero no tiene importancia.

—Está bien. ¿Y con respecto a la grabadora?

—Nada, es como buscar una aguja en un pajar. En

Hong-Kong

hay miles y miles de grabadoras portátiles y docenas de establecimientos que las venden. Estoy seguro de que también hay docenas de almacenes abarrotados de cajas conteniendo grabadoras que se disponen a ser embarcadas para su exportación a Occidente. Si hay que buscar una por una para comprobar el número de fabricación, la muralla de China va a ser un juego de niños comparada con esta búsqueda de la grabadora.

Vanda, que lucía ahora un vestido coquetón y amarillo que conjugaba con su espléndida cabellera, un vestido que llamarlo minifaldoso era quedarse corto, respondió un tanto nerviosa mientras el perro se echaba sobre una de las alfombras que guarnecían el lujoso *living*.

—Pues hay que encontrarla, es imprescindible. He invertido demasiado en este asunto y hay que hallarla antes de que lo hagan nuestros enemigos.

—¿Y quiénes son nuestros enemigos?

—No lo sé exactamente. Es la gente que quiere apoderarse de ese alijo de brillantes que va camuflado dentro de la grabadora portátil.

—¿Y por qué no avisamos a la policía británica? Ellos se encargarán de atrapar a esa gente —arguyó irónico.

—¿Estás loco?

—Quisiera saber cuánto tiempo en «chirona» va a caerme si me captura la policía inglesa.

—Supongo que no serás tan estúpido de dejarte atrapar.

—Yo espero que no, pero ando metido hasta el cuello en un lío del que desconozco muchos factores y ya es hora de que los conozca o...

—¿O qué? —inquirió ella desafiante.

—Me largo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, me largo.

—¿Olvidas que en Norteamérica te estarán buscando por

asesinato? Ya han identificado tus huellas en el arma homicida.

—Es un favor que te debo y que pienso pagarte, querida, pero también puedo marcharme a otra parte del mundo donde no haya extradición y desde el Consulado yanqui, trataré de aclarar mi situación. No soy ningún imbécil, querida.

—Tú no puedes marcharte después de lo que me ha costado traerte a

Hong-Kong.

—Si te ha costado mucho, es que esperas mucho. ¿Es sólo buscar una grabadora con un alijo de brillantes en su interior lo que esperas de mí?

—Sí.

—Ese trabajo podría hacerlo cualquiera que hubieras contratado aquí mismo, en

Hong-Kong.

—No puedo fiarme de nadie aquí. El hombre que debía entregarme la grabadora ha sido capturado y

Hong-Kong

está plagado de gente que quiere apoderarse de ella. Me es necesario alguien listo y del que pueda fiarme.

—¿De veras te fías de mí? —preguntó casi cínico—. Podría ocurrírseme apoderarme de los brillantes cuando encuentre la grabadora y vivir por mi cuenta y riesgo en algún país como el Brasil. Imagino que el alijo será una verdadera fortuna, capaz de proporcionar el dinero suficiente a quien se apodere de él; no necesitará trabajar el resto de sus días.

—Es posible, pero tú no te llevarás el alijo.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que abra esa grabadora para apoderarse de su contenido, volará en mil pedazos, y de los brillantes nunca más se supo.

—¿Tan efectiva es la carga?

—Una carga altamente explosiva, accionada por un detonador muy sensitivo. Con este explosivo no vale el antiguo método de introducir el aparato dentro de un cubo de agua.

—¿Protegido el detonador?

—Exacto, dentro de una materia plástica. Si explota, la reacción exotérmica es tan fuerte que los brillantes se fundirían *ipso facto*.

—Perfecto, lo han pensado todo. ¿Por qué temes que te roben los brillantes, entonces?

—El que no beneficie a otros no quiere decir que la pérdida del alijo no me perjudique a mí.

—Pero si esa grabadora está en el mercado, se corre el peligro de que sea abierta por un inexperto que simplemente quiera ver sus tripas electrónicas. Hay mucha gente curiosa que lo primero que hace al comprar un aparatejo electrónico es levantarle la tapa para ver qué hay dentro.

Ella suspiró.

—Esperemos que esa situación no se produzca. Sería funesta para todos.

—Si por lo menos supiéramos donde dejó esa maldita grabadora —se lamentó Alf dejándose caer en el sofá.

—Al hombre que debía entregármela no le dio tiempo a completar el mensaje, sólo sabemos que está dentro de la grabadora, en

Hong-Kong

y a salvo de las manos enemigas, pero corremos un gran riesgo.

—¿El de que ese hombre hable?

—Sí. Ignoramos si está muerto o vivo. Tenemos sospechas para creer que está vivo e inconsciente.

—¿Por qué tantos datos?

—Porque tenía una droga que debía ingerir en un caso desesperado.

—¿Una droga que le dejaría en estado letárgico?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Entre cincuenta y setenta y dos horas.

—No es mucho tiempo. ¿Cuántas horas lleva teóricamente capturado, en el supuesto de que ese hombre esté vivo?

—Treinta y cinco.

—Nos quedan por tanto quince horas, pues siempre hay que calcular el mínimo de tiempo.

—Exacto, ya ves que hay que buscar con rapidez y sin descanso. Sólo nos quedan quince horas. Luego, ellos pueden adelantárenos y eso sería funesto.

—¿Qué confianza tienes en tu enlace?

—Total.

—Magnífico, a lo mejor resiste el interrogatorio.

—No creo que eso sea fácil pese a su buena voluntad. Hay métodos muy modernos para desatar la lengua de quien quiere permanecer callado.

—Lo sé, drogas y tampoco debemos olvidar que estamos en tierra china, aunque

Hong-Kong

sea colonia británica, y que los chinitos tienen especialidades de la casa para torturar a alguien.

—Charly Lester también es chino.

—¿El enlace?

—Sí.

—Con razón preferirá estar dormido. Conocerá bien a la gente de su tierra.

—No, él no es de aquí. Es un chino norteamericano, de San Francisco. Es la tercera generación de hombres que emigraron a los Estados Unidos desde China en tiempos de la construcción del Union Pacific.

—¿Un esforzado *colie* que se siente yanqui?

—Sí. Un chino tan norteamericano como nosotros mismos.

Alf estiró sus piernas sobre el sofá y preguntó:

—¿Hay algo para remojar la garganta? La tengo seca de tanto preguntar.

—He pedido *whisky*. ¿Lo quieres con seltz?

—Y con rocas.

—Bien, ahora mismo te lo preparo.

—Eso espero, debes ser una esposa atenta.

Ella se alejó hacia el bar del apartamento que tenía nevera incorporada. Sirvió dos *whiskys* con rocas, tendiendo uno de ellos al hombre ante la mirada vigilante del mastín.

—Se me ocurre una idea, Vanda.

—¿Cuál?

—Podríamos buscar a Charly. Si lo encontramos, él nos dirá dónde está la grabadora.

—En teoría es una buena idea, pero si es difícil hallar la grabadora, más difícil es localizar a Charly. Por lo menos, la grabadora está en alguna parte incontrolada, en cambio Charly está

en manos de quienes le han capturado y éstos no están dispuestos a soltar a su presa, máxime cuando creen que Charly puede ser la clave para hallar la grabadora.

—Y si encuentras la grabadora, ¿qué ocurrirá con Charly? ¿Lo dejarás abandonado a su suerte?

—¿Temes que sea una mujer fría y calculadora?

—¿Y no lo eres?

—Puede ser, pero me reservo responder a esa pregunta.

—Como gustes, pero por si acaso, no dejaré que me capturen. No me agradaría que te olvidaras de mí.

—Comeremos ahora y continuaremos la búsqueda de la grabadora. Charly puede haberla dejado en cualquier bazar de ocasiones.

—De acuerdo, comeremos algo y continuaremos la búsqueda. Cada minuto que pasa es un minuto para Charly.

Apuró su *whisky*, siempre vigilado por el atento «Sabú».

CAPÍTULO VI

El poderoso «Chrysler» enfiló por la carretera de Cantón a toda velocidad. Ninguna vigilancia policial lo detuvo. Christopher Bering era sobradamente conocido por la fuerza pública británica para que nadie le diera el alto.

Antes de arribar a
Tai-Po,

desvió por la carretera particular que se abrió a la derecha en dirección a la clínica Albertson.

—Quiero ver al señor Conach —pidió en la conserjería.

El oriental encargado de recepción le miró fijamente. Luego, con su inglés cargado de acento oriental, indicó:

—Aguarde en la salita doce, por favor. No sé si podrá ser atendido.

—Dígale que Bering quiere verle.

—Sí, señor Bering, pero ya le he dicho que no sé si está aquí el señor Conach.

Bering se lamentó mientras se dirigía a la salita doce. Sabía que no podía sacar nada en limpio de los enigmáticos chinos cuando éstos se lo proponían, y el coronel Yao Conach sabía elegir a los hombres que trabajaban para él.

Se encerró en la aséptica salita, finamente decorada y aguardó fumando un cigarrillo. Unos minutos más tarde se abrió la puerta a su espalda.

—Bering, ¿no le he dicho que no venga a buscarme aquí? Puede ser seguido y no me gustan los problemas.

—No tema, Conach, no he sido seguido por nadie. Muchos de mis compañeros están demasiado preocupados con el tráfico de estupefacientes para pensar en recelar de mí.

—De todos modos, no me agrada que venga por aquí.

—Está bien, sólo trataba de hacerle un favor viniendo a

comunicarle algo que puede interesarle.

—¿Como qué?

—¿No esperaba visitas en

Hong-Kong?

—¿Americanos?

Asintió con la cabeza. Luego puntualizó:

—Estoy seguro de que son norteamericanos, pese a que sus pasaportes indican nacionalidad rhodesiana.

—¿Pasaportes falsificados?

—Sí.

—¿Hay seguridad de ello?

—Sí. Según lo que me han comunicado en el hotel, el matrimonio rhodesiano hace un mes que está en la colonia.

—En ese caso, no pueden ser los que esperamos. Como máximo debe hacer unas horas que han llegado para buscar al hombre que tenemos prisionero o rescatar lo que éste intentaba pasar fuera de

Hong-Kong

tras conseguir burlar el Telón de Bambú.

—Yo llevo unas listas particulares, interés propio, y esos dos nombres no cuadran, pese a haber sido incluidos en listas oficiales.

—¿Cree que tienen contactos en la policía y en la aduana que han incluido sus nombres en listas oficiales?

—Sí. Se podría observar atentamente el lugar donde han sido inscritos sus nombres y descubriríamos que los nombres que habían primitivamente han sido borrados químicamente o por métodos de raspado, claro que no puedo realizar estas averiguaciones porque quienes han hecho esta falsificación sí podrían sospechar de mí y entonces sería vigilado por los hombres de la CIA en Oriente, y la CIA colabora demasiado estrechamente con Scotland Yard. Podría ir a parar a una cárcel de la metrópoli tras un severo consejo de guerra, ya que usted no ignora que pertenezco a la fuerza pública de la colonia, pese a ir de paisano.

—Está bien, Bering, si usted dice que son ellos, yo lo creo. Estoy seguro de que no habría venido hasta aquí para alarmarme con una simple sospecha. Es usted demasiado inteligente para que eso suceda.

—Gracias por su confianza y puede estar seguro de que esa pareja es norteamericana. Lo que no me explico es cómo han

podido llegar a

Hong-Kong

sin que yo lo haya notado.

—Expertos, Bering, expertos. Ésos son los hombres que estamos esperando. ¿Dónde se alojan?

—En el hotel Victoria, y se hacen llamar Evans.

—Será bueno que les hagan una visita.

—No me gusta la sangre, Conach. ¿No irá a asesinarlos, verdad?

—Vamos, Bering, usted está metido en esto hasta el cuello. No va a ponerse a temblar por una nimiedad.

—No quiero sangre, ya se lo he dicho. La probabilidad de ir a la cárcel me asusta, pero...

—¿La horca? Vamos, vamos, si la horca está abolida en el Imperio británico.

—Para los delincuentes comunes sí, pero no para la alta traición. No quiero morir colgado de una sogá.

—Está bien, está bien, no habrá sangre. Mantendremos vigilados a esos pseudorhodesianos. Seguramente estarán buscando lo mismo que nosotros, pero estoy seguro de que les llevamos ventaja al tener en nuestro poder a su enlace. Cuando él despierte nos dirá dónde podemos hallar lo que buscamos, mientras que esos americanos van a ciegas.

—Quizá sepan un poco más que usted, coronel.

—¿Ah, sí?

—Sí. Puede que conozcan el lugar donde está escondido lo que usted busca, me refiero a dentro de qué o bajo qué forma. En cambio, usted sólo tiene al prisionero y no sabe nada más.

—Puede estar seguro de que averiguaré el resto. En apariencia, Hong-Kong

es de ustedes, los británicos, lo cierto es que a nosotros nos interesa que así sea. La colonia es un puente beneficioso para nuestro comercio con el exterior. Por otra parte, tengo a muchos hombres introducidos en la colonia que podrían eliminar a toda la policía británica, si yo diera la orden de terminar con los pulidos y bien uniformados hombres de Scotland Yard.

—Espero que no se le ocurra esa estúpida idea, coronel. Tras los hombres de Scotland Yard hay todo un ejército contra el que ustedes no podrían luchar por más almas que tengan.

—Algún día no muy lejano seremos nosotros los fuertes, no lo olvide. Ahora, creo que ya me ha dado la información y yo sabré recompensarla en lo que vale. Va a tener muchas facilidades para pasar al otro lado del Telón de Bambú el calzado que quería sin pagar los impuestos correspondientes y sin dar parte a Gobierno alguno.

—Perfecto, Conach. Los camiones estarán listos.

El chino sonrió. Después, entre despreciativo y burlón, preguntó:

—¿Qué intentará pasar la próxima vez, Bering? ¿Fibras textiles, medicamentos, quizá el acero más refinado para fabricar armas blancas?

—Da lo mismo coronel, lo importante es que los negocios sean productivos. Usted gana mucho con mi colaboración, ahora mismo le he prestado un valioso servicio descubriéndole la identidad de esos dos americanos que se hacen pasar por rhodesianos. A cambio, usted me proporciona buenos negocios que me dan dividendos sustanciosos, eso es lo que nos une, coronel, no otras cosas.

El británico se dirigió hacia la puerta, alejándose de la sala. Por su parte, el coronel descolgó el teléfono que reposaba sobre una mesita y pidió:

—Diga al sanitario Mosho que venga inmediatamente a la salita doce, es una urgencia. —Colgó.

Se sentó en la butaca y aguardó fumando un cigarrillo que extrajo de una cajetilla muy especial que no estaba a la venta pública por contener un pequeña dosis de droga.

Cuando se abrió la puerta apareció un chino alto, delgado, vestido con una bata blanca. Al quedar frente a Yao Conach, se cuadró, pese a no vestir uniforme ninguno de los dos.

—Me han ordenado que viniera, coronel.

—Sí, Mosho. Busca a Yohaka. Los dos juntos haréis un trabajo fino y peligroso en el que no toleraré fallos, ¿comprendido?

El chino subordinado sonrió gravemente.

—¿Hay que eliminar a alguien, coronel?

—Sí, a dos americanos, hombre y mujer. Se hacen llamar Evans y se hospedan en el hotel Victoria. Quieren causarnos dificultades y es mejor que los mandéis al infierno antes de que tengamos problemas con ellos. A alguien no va a gustarle esta orden, pero no queda otro remedio. Los matáis y luego ocultáis algunos sobres de

estupefacientes por la habitación, que pueda hallarlos la policía cuando realice el registro oficial. Será bueno que crean que es una diferencia entre hampones del mundo de los narcóticos. Eso es todo.

—Sus órdenes serán cumplidas como siempre, coronel.

—Eso espero. Ya se lo he dicho, Mosho, no admito fallos.

Levantándose de la butaca, fue el primero en abandonar la salita.

La noche había caído sobre la costa oriental y Hong-Kong iluminaba sus calles y avenidas con múltiples lámparas eléctricas y anuncios de fulgurantes neones.

Casas y *sampanes* encendían sus luces rojas de reclamo para los hombres solitarios, ofreciéndoles amor a muy bajo precio.

Con la brisa nocturna sembraba que los pescados a secar en los mástiles de los *sampanes* olieran menos y si bien las nubes de mosquitos se multiplicaban, el número de moscas se reducía. Las luces del puerto se reflejaban sobre las aguas ahora negras y grasientas a causa del aceite y alquitrán de las máquinas de las grandes embarcaciones.

Los almacenes corrían sus puertas de hierro y millares de sólidas cerraduras chasqueaban al encajar en las jambas, cerrando y protegiendo los bazares de los ladrones nocturnos que tanto menudeaban en

Hong-Kong, cosa lógica, dada su abigarrada demografía donde la miseria era un múltiplo muy importante sobre la riqueza.

Alf W. Rodman introdujo el «Porsche» que había rentado en el garaje subterráneo del hotel Victoria y Vanda fue la primera en apearse del deportivo al detenerse éste.

Con el ascensor subieron a recepción, donde Alf pidió la llave del apartamento. A Vanda le fue entregado el mastín después de comido y cepillado.

El botones encargado de cuidar a «Sabú», pese a tener trato frecuente con los cánidos, se distanciaba prudentemente de él, mirándolo con recelo mientras sonreía a su rubia propietaria.

—¿Cómo se ha portado «Sabú»?

—Muy bien, señora Evans. Se ha comido tres kilos de carne.

—No tendrían que alimentarlo tanto, se va a poner muy gordo.

—¿Sólo tres kilos? —comentó Alf—. Si para ese chucho eso es un aperitivo.

La pareja se introdujo en el ascensor y Alf pulsó el botón correspondiente mientras objetaba:

—No hemos tenido más suerte esta tarde pese a estar buscando la grabadora entre los dos.

—Admito que es muy difícil, y lo malo es que todos los comercios cierran. Si esperamos al amanecer, habrá transcurrido el plazo de letargo de Charly.

—Lo inevitable carece de solución. En una ciudad donde abundan tanto esos chismes portátiles, buscar uno concreto, aunque sea de una determinada marca y número, es poco menos que imposible.

—Sí, es muy difícil —suspiró desesperanzada.

—Sin embargo, yo opino que ese chino de San Francisco, Charly, no escondió la grabadora dejándola en algún almacén o bazar.

—¿Casa de objetos usados?

—Es posible, pero también pudo depositarla en las consignas de las líneas marítimas, férreas o bien en las del aeropuerto.

—Sí, es una posibilidad, pero ¿y la llave de la cajuela o por lo menos, el comprobante para poder retirar la grabadora si es que está en una consigna?

—Eso tenía que haberlo dicho Charly antes de dejarse apresar, pero queda otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que Charly hubiera confiado en alguien más.

—Charly trabajaba solo. Habían contactos, pero él debía trabajar solo. Únicamente en caso de peligro trataría de comunicarse con nosotros y dar la señal de alerta.

—Y dio la señal de alerta, pero no la información suficiente para recuperar la grabadora. Opino que bien podría tener un amigo o amiga que guarde ese aparato ignorante de lo que contiene, porque si lo averigua, tratará de apoderarse del alijo de brillantes, en el supuesto de que sean brillantes lo que contiene.

—¿Qué pretendes decir? —inquirió ella, irguiéndose y palideciendo ligeramente.

El ascensor se detuvo en el décimo piso y con el mastín por

delante se dirigieron a la puerta de su apartamento.

Al llegar a la puerta, el perro olfateó extrañamente, pero ni Vanda ni Alf le dieron importancia, introduciendo el hombre el llavín en la cerradura.

Nada más accionar el conmutador de la luz, el mastín se introdujo en la habitación y lanzó un feroz ladrido al advertir la presencia de intrusos.

—¡Anfallst!

Tras aquella voz dada en lengua germánica por Alf, el perro se abalanzó sobre uno de los dos hombres que aguardaban con sendas pistolas provistas de silenciador.

—¡Al suelo, Vanda! —gritó a la mujer, empujándola con violencia cuando las balas ya habían cruzado el umbral de la puerta, clavándose en la pared opuesta.

Uno de aquellos intrusos gritó ferozmente mientras la sangre escapaba de su muñeca, abierta por la dentellada del mastín.

Alf Rodman agarró una pequeña butaca con la mano y la lanzó contra el segundo de los asesinos, cuando de nuevo el fuego y el plomo era vomitado por el arma.

CAPÍTULO VII

El oriental recibió el silletazo en plena cara, siendo derribado. Alf saltó sobre él y atenazándole la muñeca armada, forcejeó con él sin que el asiático soltara la pistola.

Vanda dio una orden al mastín al ver que la pistola del segundo oriental había caído al suelo. El perro retrocedió mostrando sus colmillos ensangrentados.

Se escucharon como dos taponazos, y el forcejeo entre Alf y Mosho cesó. El asiático quedó herido de muerte por su propia arma, con su dedo índice agarrotado en el gatillo.

De pronto, Yohaka, pese a estar herido, se lanzó sobre el arma que había en el suelo. La asió con la zurda y apuntó directamente hacia Vanda. Alf reaccionó a tiempo y cogiendo el arma del otro asiático, ya cadáver, le disparó a boca de jarro, alcanzándole de lleno.

La mortífera pelea había durado breves instante. Vanda, aturdida por la rapidez con que todo había sucedido, suspiró aliviada al ver que Alf y ella habían salido con bien de aquella encerrona.

—¿Estás herida, Vanda?

—No, y creo que «Sabú» tampoco.

—Cierra la puerta. Creo que a nadie más le interesa este asunto.

—Sí, enseguida.

Vanda obedeció. Los silenciadores con que iban provistas las pistolas habían hecho del tiroteo una pequeña juerga de champaña en la que dos chinos habían hallado la muerte por un exceso de burbujas de plomo.

—Nos esperaban aquí para acribillarnos, no tenían otro propósito.

—Parece imposible que nos hayan descubierto tan pronto, no puedo creerlo.

—Creo que esos dos cadáveres son una buena razón para creerlo. Aún no entiendo cómo el perrito no ha caído acribillado.

—Ha sido bien entrenado para no correr delante de un arma, sino de costado. Por cierto, ¿cómo has sabido ordenarle que atacara?

—He tenido la precaución de comprarme un minidiccionario de alemán. No esperaba utilizarlo tan pronto, pero ha sido eficaz.

—Ahora tenemos el problema de los cadáveres. La policía hará preguntas y perderemos mucho y precioso tiempo.

—No tanto, querida. Tenemos varios y hermosos baúles que nos pueden servir.

—¿Vas a meterlos en los baúles?

—Voy a hacer algo más que eso.

—¿El qué?

—Facturarlos.

—¿A dónde?

—Tengo la seguridad de que sé quién nos ha descubierto.

—¿Quién?

—Un británico.

—No puedo creerlo.

—¿Esperabas que fuera un oriental? —preguntó mordaz.

—¿Y por qué no? Esos dos hombres son chinos.

—Sí, pero a veces hay hombres que se venden y dan información. No me extrañaría que Bering fuera uno de ellos.

—¿Bering, quién es Bering?

—Ya te lo he dicho, un británico. Coge la guía telefónica de Hong-Kong,

juraría que Bering pertenece a la seguridad británica, a la cual no hace mucho favor.

—No entiendo nada, Alf.

—Te explicaré. —Alf le relató lo ocurrido en el garaje cuando rentara el «Porsche». Terminó diciendo—: Es el único que se interesó por nuestra identidad, sólo él puede ser quien ha enviado a este par de limones. Pero nosotros seremos muy amables y se los devolveremos.

—¿Y si no es él?

—Correremos el riesgo. Por si acaso, registraremos a este par de cadáveres, aunque siendo asesinos profesionales no creo que lleven

nada que les identifique o que pueda damos una pista.

Tal como había previsto Alf, sucedió. Tras el minucioso registro de los cuerpos, no se halló nada que pudiera dar una pista.

Alf Rodman optó por meterlos en un par de baúles a los cuales arrancó las etiquetas. Después, consultó la guía telefónica.

—Aquí está, Bering, Christopher Bering, comandante de aduanas. No podía ser otro.

—¿Crees que es un traidor?

—Estoy tan seguro de que él es un traidor como de que no estamos buscando brillantes y tú vas a decirme de una condenada vez lo que hay en esa grabadora.

—Brillantes. ¿Acaso no me crees?

—No.

—Allá tú, yo nada tengo que decirte. Te pago para que hallemos la grabadora.

—Vamos, cariño, este lío se ha complicado más de la cuenta. ¿Quién es el jefe?

—¿El jefe de quién?

—El de ellos, acabaremos averiguándolo. Me refiero a tu jefe, porque tú no eres el cerebro de este lío y a mí nadie va a moverme a través de hilos para que me juegue el físico mientras otro está sentado y protegido en un chalet de verano allá en Estados Unidos.

—Yo soy la que busca los brillantes.

—Sí, tú buscas brillantes como yo pesco pingüinos en Hong-Kong, pero da lo mismo, no voy a presionarte para que me cuentes lo que hay dentro de esa grabadora; lo averiguaré por mí mismo.

—Cuando la encuentres.

—Por supuesto que la encontraré, querida. Vosotros me metisteis en el lío y no porque sí, sino porque creísteis que era el sujeto ideal para jugarse el físico y salirse con la suya en un embrollo donde la sangre corriera a chorros como esta noche.

—Está bien, tú fuiste escogido porque eras la clase de hombre necesario para este trabajo.

—Perfecto, por lo menos ya estás admitiendo algo —descolgó el teléfono y pidió—: Que suban unos mozos con carretillas, deben llevarse dos baúles. Ah, y traigan tiza, por favor. Es urgente.

—¿Vas a enviarle los cadáveres ahora?

—Sí, y tú puedes decirme dónde encontrar algunos aparatos especiales.

—¿Qué clase de aparatos?

—Querida, o yo soy tonto o tú eres de la CIA.

Vanda no pudo evitar el enrojecimiento de su rostro.

Luego preguntó:

—¿Qué te hace suponer eso?

—Te he dicho que no soy tonto. He pertenecido al FBI y además se me ha ocurrido recapacitar sobre todo lo sucedido, la forma en que fui embarcado en este lío, el helicóptero, la salida del aeropuerto de Los Ángeles sin problemas, la llegada a Hong-Kong.

Lo sospechaba desde el principio, pero he preferido seguir la corriente. No quería dar un disgusto al tío Sam.

—Bueno, parece que eres demasiado listo, te subestimamos.

—No creo. Yo diría que me estimasteis en lo que valgo cuando me elegisteis para este trabajo en Oriente. El problema era difícil, supongo que queríais un hombre que fuera desconocido en el ambiente de espías que vive en

Hong-Kong.

Sabéis que tipos como Bering venden la información y os exponíais a ser descubiertos, por ello era preferible enviar a un aventurero que se jugara el pellejo y que al mismo tiempo ignorara que estaba trabajando para la C.I.A.

—¿Y yo qué puedo decirte?

—¿Quién es el jefe de la misión?

—Yo.

—¿Seguro?

—Sí, estamos solos en esto. Si fallamos, nadie va a ayudarnos. Operamos solos en un país amigo. Lo que estamos buscando también lo buscan los soviets y chinos-rojos. Además, los soviets tienen fotografías de muchos de nuestros agentes, por eso no podíamos exponernos a ser reconocidos.

—¿Y tú fotografía no la tienen?

—Todavía no. Éste es mi primer trabajo, no han podido verme antes.

—Magnífico. Una novata que se quiere pasar de lista como jefe de la misión y un aventurero como yo, arriesgando la vida por la

patria. Es enternecedor, y no debemos olvidar al lindo chucho que te has traído.

—Ni a los cadáveres que hay dentro de los baúles —puntualizó ella.

—Sí, es cierto, pero de ellos vamos a desprendernos inmediatamente. Ahora, dime, ¿tienes algún enlace que pueda proporcionarnos el material que yo pida?

—Pues sí, pero es arriesgado; nos exponemos a ser descubiertos.

—Ahora ya estamos descubiertos, querida. Mantendremos el pago de esta *suite*, pero no volveremos aquí si no queremos exponernos a que la próxima vez tengan más suerte.

—Está bien. Conozco un bazar regido por uno de nuestros enlaces con el Telón de Bambú. Él nos proporcionará lo que le pidamos. La verdad es que esta misión es altamente secreta, pero todo se está descubriendo.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Alf fue a abrir tras dar una ojeada al suelo y comprobar que no había ninguna mancha de sangre. Mientras él preparaba el baúl, Vanda se había preocupado de limpiar el suelo con las toallas del baño.

—Denme la tiza, por favor.

Uno de los mozos se la entregó y Alf escribió la dirección en cada uno de los baúles. Entregándoles una generosa propina dijo:

—Que sean enviados ahora mismo al señor Bering; los está aguardando.

—Bien, señor Evans. La camioneta del hotel se cuidará de trasladar los baúles ahora mismo.

—Perfecto. Si el señor Bering pregunta algo, díganle que es un regalo de los rhodesianos; él ya sabe de qué va.

—Comprendido, señor Evans, comprendido.

—Todos le hicieron varias reverencias mientras se llevaban su patética carga en los acolchados baúles.

—¿Y ahora?

—Rápido, querida, hay que ganar tiempo.

—¿Cabrá el perro en el coche?

—Bueno, esta vez no puedo oponerme. Después de todo, nos ha salvado la vida con su valiente y eficaz intervención. Le haremos un sitio en el auto, pero del lado de tu ventanilla. Prefiero estar cerca

de ti y lejos de él.

Tirando de la mano femenina, abandonaron la *suite*.

Alf W. Rodman penetró con naturalidad en el edificio de apartamentos de lujo. Habían grabado en su cerebro la dirección de Christopher Bering y hacia ella se dirigió.

Al llegar al piso correspondiente, estudió la posición de las paredes que separaban los corredores de los apartamentos, y tras el aplique de una luz pegó un diminuto micrófono emisor. Luego, prosiguió caminando por el pasillo y abrió la ventana del mismo, constatando que los ventanales de Bering daban al exterior en aquel lugar.

Estirando sus brazos y protegido por las sombras de la noche, pegó otro emisor al cristal de una de las ventanas por las que escapaba luz. No cabía duda de que Bering se hallaba en el interior.

Alf retrocedió hacia el ascensor para salir del edificio, y casi se tropezó con los mozos del hotel Victoria que traían consigo los dos baúles.

Les dio la espalda y se protegió en un ángulo de la pared para no ser visto. Aprovechó para prender fuego a un cigarrillo y después salió a la calle.

Christopher Bering acariciaba los oscuros cabellos de la jovencita que tenía aquella noche en su apartamento. Ésta reía pacífica, pero cualquier observador perspicaz se habría percatado de que Bering no agradaba a la muchacha en absoluto, pero las circunstancias de la vida la obligaban a someterse.

Sonó el timbre de la puerta y Bering, que vestía una elegante bata de seda negra, alzó su rostro molesto.

—¿Quién vendrá a estorbarnos la noche?

—No abras, querido —musitó la chica de raza blanca, pero probablemente nacida en cualquier parte de Asia, de unos padres que poco se habían preocupado de ella.

—Hum, puede ser algo importante. Nunca se sabe.

—¿He de marcharme? —inquirió ella con ligero aburrimiento.

—Mejor escóndete en el baño; no quiero que te vean aquí.

—OK, querido. No abandonaré el baño hasta que me lo ordenes.

La joven se trasladó al aseo. Bering quería conservar su, en apariencia, gran reputación.

Abrió la puerta y frunció el ceño al ver a tres mozos y dos pesados baúles frente a él.

—¿Qué sucede, se han equivocado de puerta?

—¿Es usted el señor Bering?

—Sí, yo soy, pero...

—Estos dos baúles son para usted, señor —dijo uno de los mozos sacando la nota de entrega para que fuera firmada por el británico.

—¿Que son para mí? No entiendo, yo no he pedido ningún baúl y ustedes me traen dos. Será mejor que se marchen y me dejen en paz. —Al pronunciar estas últimas palabras, se fijó en las letras que lucían en las solapas aquellos mozos y leyó claramente el nombre del hotel Victoria. Tuve un presentimiento.

—Un matrimonio rhodesiano, amigo de usted, le envía estos baúles, dicen que usted ya sabe de que va. Firme aquí, por favor.

La palabra «rhodesiano» multiplicó los pliegues de preocupación en Su rostro. Mecánicamente, tomó la nota y la firmó. Los mozos esperaban la propina del inglés, mas sólo se encontraron con su mal humor.

—¡Fuera, fuera!

Les cerró la puerta y la chica salió del cuarto de baño.

—¿Se han marchado ya, querido?

—Vamos, fuera tú también. Por esta noche, se acabó la fiesta.

—¿Cómo? —inquirió incrédula.

—Lo que has oído, lárgate.

—Pero ¿y mi dinero? —protestó la hermosa mujerzuela, elegante y con pocas primaveras en su haber.

Bering sacó un fajo de billetes de su bolsillo. Contó la mitad y se los tendió gruñendo:

—Toma y márchate.

—Bueno, tú te lo pierdes —replicó ella, molesta en apariencia, pero contenta en el fondo.

Cuando se quedó solo en su apartamento, Christopher Bering se enfrentó con los pesados baúles.

Caminó alrededor de los mismos y tanteó con sus manos para abrirlos, pero no halló la forma al carecer de llave.

Retrocedió hasta la cocina y salió de ella con un picahielo que le sirvió de palanqueta para hacer saltar los cierres y abrir el primero de los baúles.

La más intensa palidez cubrió su faz al ver sentado el cadáver de un oriental dentro del baúl.

Cerró su puerta inmediatamente mientras mascullaba una maldición. Abrió el otro baúl, manchado de sangre en su interior, y descubrió el segundo cadáver.

Tuvo que respirar hondo para que las piernas no le flaquearan. Aquella situación era de las más comprometidas con que se había topado jamás.

Estaba nervioso y asustado, pese a su aparente flema y seguridad, de las que hacía gala siempre que dominaba la situación con su dinero, poder o influencias.

Cerró el segundo de los baúles y se volcó materialmente sobre el teléfono, desahorquillándolo y apresurándose a hacer girar el disco. Marcó unos guarismos fijados en su mente y que para evitar posteriores peligros no había escrito en ninguna libreta.

—¿Clínica Albertson?

—Sí, diga —le respondieron al otro lado del hilo.

—Pónganme inmediatamente con Conach.

—¿De parte de quién?

—Bering. Es urgente.

—Un momento, por favor —le respondió la voz de un oriental —. Veremos si está en el recinto.

Bering aguardó impaciente, con el teléfono pegado a la oreja.

—Señor Bering...

—¿Diga?

—Conach no está, lo siento.

Colgaron sin darle más explicaciones.

—Maldita sea, sí que está —masculló rojo de rabia, colgando con violencia el auricular. Sin poderse contener exclamó—: ¡Él me ha metido en este lío y va a tener que sacarme de él!

Se sacó la bata, se puso una de sus chaquetas y abandonó el apartamento dando un portazo.

Tomó el ascensor y bajó hasta el garaje particular del edificio. Buscó su «Chrysler» y montó en él, poniéndolo en marcha, cuando algo duro, frío y cilíndrico, se apoyó sobre su nuca.

—Buenas noches, señor Bering.

CAPÍTULO VIII

Christopher Bering buscó rápidamente a través del espejo retrovisor en rostro de aquel visitante no invitado, dentro de su lujoso Chrysler.

Al verle, lo reconoció de inmediato. Lo que no le gustó fue verse encañonado por una pistola provista de silenciador.

—¿Qué quiere usted, por qué me apunta con esa automática? ¿Sabe quién soy yo?

—Sí, señor Bering, un alto ejecutivo de la aduana británica. Y usted, ¿sabe quiénes son los dos chinitos que han tratado de liquidarnos?

—¡Yo no sé nada! —protestó tragando saliva dificultosamente.

—¿Ah, no? Pues bien que se ha puesto nervioso al verlos dentro de los baúles.

—Yo nada tengo que ver con ellos, me lavo las manos en este asunto. No quiero saber nada.

—Demasiado tarde, Bering. Usted está metido hasta los pelos en este lodazal. Por supuesto, su amigo Conach es quien más me interesa.

—¿Cómo lo conoce?

—Vamos, Bering, soy yo quien hace las preguntas, no usted. ¿Acaso no se disponía a ir a la clínica Albertson ahora mismo?

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca estamos solos, Bering. Si no hay alguien escuchando, puede haber algún micrófono escondido, quizá tras una ventana o pared.

—¡Maldita sea! Está jugando conmigo, ¿verdad?

—Hago lo que puedo, Bering, ya que aún no me han asesinado, según sus deseos.

—Yo no quería matarlo.

—¿Fue Conach?

—El coronel Conach es el cerebro, no yo.

—Sí, usted sólo es un repugnante sapo sobornado, pero va a llevarme con Conach ahora mismo.

—Si le llevo, lo matará. Nunca falla dos veces.

—Es posible, pero yo sé defenderme. ¿Acaso lo duda?

—No, no, pero...

—¿Teme por su vida?

De nuevo, Bering tragó saliva con dificultad, mientras estiraba su mano cuidadosamente hacia la guantera.

—Sí, Conach es un hombre que no perdona.

—Yo tampoco, Bering. Ah, no se moleste en abrir la guantera; ya le he aligerado su pistola, que guardo en mi bolsillo.

—¿Quién diablos es usted? —inquirió, haciendo acopio de fuerzas.

—Sólo un aventurero al que han pagado unos miles de dólares por recuperar algo.

—¿Algo, el qué?

—¿Acaso Conach no se lo ha dicho?

—No. Yo no estoy metido en el lodazal tanto como usted pretende. Conach no es muy explícito.

—Ya, usted sólo le proporciona datos, hace de soplón. Ahora, ya hemos hablado demasiado, andando. Vigilaré todo el rato en la parte de atrás y dispararé contra usted al primer intento de fuga o estupidez que cometa. Por si duda de lo que le digo, o pone en tela de juicio mi rapidez, recuerde a los chinitos de los baúles. Supongo que el coronel Conach les tendría en gran estima como magníficos ejecutores.

Christopher Bering no respondió e hizo rodar el auto hacia la salida.

Ya en la calle, no se percató de que era seguido por un «Porsche» color verde oscuro, conducido por una mujer, junto a la cual viajaba un extraño pasajero de pelo negro y brillante y boca exageradamente grande, llamado «Sabú».

Pasaron a Kowloon en el *ferry-boat* y luego tomaron la carretera de Cantón.

Durante el camino Alf trató de hacer algunas averiguaciones.

—¿Dónde tienen a Charly?

—Lo ignoro.

—No se haga el tonto, Bering; tiene mucho que perder.

—No me hago el tonto, es que no lo sé.

—¿Insiste en que el coronel chino no le dice nada?

—Así es. Puede creerlo o no, pero es la verdad. Cuando le veamos se lo pregunta usted mismo.

—Eso pienso hacer. Ahora, esto sí podrá decírmelo, esa clínica es la guarida del coronel, ¿no? Está muy cerca del Telón de Bambú y la situación le irá de perlas.

—Bueno, la clínica tiene fondos del Gobierno, es legal, y no todo el mundo allí colabora con el coronel.

—¿Sólo unos cuantos?

—Sí.

—Muy astuto el coronel, sabe protegerse. Espero que no le haya ocurrido nada a Charly.

—Si le ha sucedido algo, yo no soy responsable.

—Pero usted sabe que lo tienen prisionero, ¿verdad?

—Han hablado de que tenían un prisionero.

—Pero algo más sabrá de él.

—Poco, que lo capturaron en la central telefónica de Hong-Kong,

nada más. Quizá su amigo Charly no está en territorio británico, sino al otro lado del telón.

—No lo creo, más bien me inclino a pensar que está en esa clínica, esperando a que despierte para ser interrogado.

—Yo le dejaré en la clínica y me marcharé, no quiero saber riada más de este asunto. No me interesa el espionaje internacional. Los soviets están acechando la clínica también.

—¿De modo que sabe que se trata de espionaje internacional? Pues está más informado que yo.

—¿Cómo, acaso usted no es un espía de Estados Unidos?

—Por supuesto que no. En Los Ángeles sólo era un modesto investigador privado, un simple aventurero que quiere ganar unos miles de dólares y por cuyo pellejo acribillado, si esto llega a suceder, nadie va a interesarse. Por lo tanto, sabré cuidarme yo mismo.

—¿Cuánto quiere por dejarme en paz?

—Nada, Bering. Suelo ser fiel al primero que me contrata y, haciendo honor a la verdad, tendría que decir que esta vez me

contrataron de un modo muy especial, haciéndome ver las cosas distintas a la realidad, pero, insisto, soy fiel a quien me contrata primero.

Deseoso de conservar la vida y pensando que Rodman era un aventurero sin escrúpulos, Bering se mantuvo quieto para no recibir un balazo por díscolo.

La verja que unía el muro que rodeaba los jardines de la clínica Albertson se hallaba cerrada y Bering tocó el claxon.

Sin que nadie se les acercara, la verja se abrió de forma automática, posiblemente accionada desde el interior del recinto. El automóvil se internó en el jardín y la puerta de hierro volvió a cerrarse.

Bering aparcó el coche y Alf ordenó:

—Vamos, afuera. Yo llevaré la pistola en el bolsillo pero no me obligue a usarla. Soy demasiado rápido y a veces yo mismo no puedo controlarme.

Penetraron en el edificio y el conserje les observó con sus ojos oblicuos e inescrutables. Sin pronunciar palabra, esperó a que fueran ellos quienes hablaran.

—Venimos a ver a Conach.

—Salita doce, por favor.

Christopher Bering conocía muy bien la salita doce e hizo un gesto significativo con la cabeza al norteamericano. Éste le siguió.

Pasaron a la salita y Alf dijo burlón:

—Puede tomar asiento si le flaquean las rodillas, Bering.

—Conach nos matará a los dos. Ha sido una estupidez meterse en la boca del lobo. No ha demostrado *usted* ser muy inteligente.

—No será usted quien me dé ejemplo, ¿verdad? Del momento que se ha dejado sobornar por los chinos, que ha traicionado a su país y ha vendido hasta su alma por no importa qué beneficios, demuestra que no ha sido muy inteligente.

—Después de todo, usted no podrá impedir que su amigo Charly despierte y hable. Es proverbial el arte de los chinos para estirar las lenguas, y por si fuera poco, se han adaptado a las técnicas modernas.

En aquel instante, Rodman comenzó a olfatear algo que le preocupó.

—Me temo que estamos metidos en una ratonera.

—¡Nos están gaseando! —exclamó Bering, brincando de miedo y corriendo hacia la puerta que no consiguió abrir.

El gas que escapaba por detrás del radiador y que no era posible contener, fue aspirado inmediatamente por los dos hombres.

Rodman trató de resistir el máximo sin respirar y apuntando con su arma contra la cerradura, comenzó a disparar.

La cerradura cedió a los impactos de bala, pero no así la puerta que debía tener otros encajes que penetraban en las jambas y que de ordinario se hallarían disimulados.

Cuando Bering, en medio de un ataque espasmódico de tos, se derrumbaba sobre sí mismo, Alf sacó la pistola que hurtara de la guantera del británico y la ocultó entre el tapizado del sofá, metiendo la mano por debajo del mismo.

Luego, aún con la automática provista de silenciador en la mano, insistió disparando contra la puerta hasta que los proyectiles se agotaron.

Con la mente ya atontada, dobló sus rodillas y perdió el equilibrio con los ojos llorosos y sin poder evitar la tos.

Instantes después, se sumía en la negrura de una sima profunda, inalcanzable.

CAPÍTULO IX

Cuando Alf W. Rodman despertó, se halló en una habitación que por lo desamueblada y desconchada en nada recordaba a la salita donde fuera atrapado con los gases narcotizantes.

La cabeza le dolía como si con ella hubiera tratado de frenar un «*bulldozer*». Los oídos le zumbaban y los ojos le escocían pese a tenerlos abiertos, muy abiertos, en aquel despertar súbito.

Respiró hondo y se puso de rodillas antes de incorporarse. Una luz encendida y protegida por tela metálica, colocada en el techo y fuera de su alcance, iluminaba la pequeña estancia.

—Por lo menos, aquí no hay humedad ni ratas.

Quienes le condujeran allí le habían quitado la chaqueta, llaves y cinturón, y si le habían dejado los zapatos era porque éstos carecían de cordones.

«Ya me he metido dentro como era mi plan, ahora veremos cómo salgo», pensó mientras caminaba pesadamente hacia la puerta y la golpeaba para llamar la atención de sus guardianes.

—¡Abran, abran, ya estoy harto de estar aquí dentro!

Hubo de insistir y aguardar varios minutos. De pronto, la puerta se abrió bruscamente y Alf W. Rodman se encontró frente a dos chinos bien equipados con fusiles ametralladores provistos de sus respectivas bayonetas cuyas puntas le amenazaban rabiosamente.

—Quietos, quietos, no soy ninguna aceituna para que me pinchéis.

—Tú seguarnos —ordenó uno de ellos haciéndose a un lado.

—¿Vamos a ver al coronel?

—Tú caminar —insistió sin responder.

Alf W. Rodman anduvo delante de las dos bayonetas que estaba seguro se hundirían en su cuerpo si trataba de escapar o atacar a aquel par de chinos malcarados que tan a pecho se tomaban su labor de celadores.

—Puerta derecha —ordenó de nuevo el oriental que mejor parecía hablar el idioma del norteamericano, idioma por otra parte oficial en

Hong-Kong

pese a que la mitad de los chinos que habitaban en la colonia no supieran hablarlo y siguieran con su chino cantonés.

Al cruzar la puerta se halló en una especie de laboratorio o quirófano.

En el centro del mismo había una mesa de operaciones articulada y un hombre de raza asiática se hallaba tendido en ella, fuertemente sujeto por gruesas correas, con los oídos y los ojos tapados y una docena de electrodos pegados a su cráneo.

—¿Le están haciendo la permanente a Charly? —preguntó jovialmente.

—Le felicito, yanqui, otro en su lugar no estaría de tan buen humor.

Alf miró a aquel oriental calvo, con pequeña barba y que no llevaba guerrera ni graduación alguna. Sin embargo, por su personalidad, enseguida se adivinaba que se trataba de un alto militar rojo-chino.

—¿Tengo el disgusto de hablar con el coronel Conach?

—El disgusto es mío, yanqui.

Alf Rodman observó que Christopher Bering se hallaba todavía durmiendo, tendido en una camilla portátil. Señalándolo dijo:

—Parece que resiste bien la anestesia.

—Sí, usted ha despertado antes. Estoy esperando que él despierte para que me aclare su presencia aquí.

—No es necesario, coronel, yo mismo puedo explicárselo. Soy un hombre muy locuaz, ya podrá comprobarlo.

El coronel sonrió tras su cigarrillo drogado. En sus pupilas hubo un destello burlón, más en el fondo podía verse una nube de recelo y suspicacia.

—El ser locuaz le evitará problemas, yanqui.

—Eso espero. Por cierto, ¿cómo sabe que soy yanqui y no de otra nacionalidad?

—A los yanquis los huelo pese a que usted no llevaba ninguna clase de documentación encima cuando lo capturamos, y eso es malo dentro del territorio chino.

—No se moleste, coronel, no voy a morder el anzuelo.

—¿Qué anzuelo?

—No estoy al otro lado del Telón de Bambú sino en algún lugar de la clínica Albertson.

—Se cree muy listo, ¿eh?

—Mi madre me hizo así, yo no tengo la culpa.

—Y bien, yanqui, ¿aparte de listo, qué es usted?

—Un aventurero que sirve al mejor postor.

—¿Tengo que creérmelo? —preguntó Conach, siempre vestido severamente y centrado en el laboratorio mientras el médico y su ayudante comprobaban la aguja del electroencefalógrafo esperando que de un instante a otro comenzara a moverse, indicando actividad bioelectrónica en el cerebro del prisionero aletargado.

—Puede creerlo o no. El amigo Bering se lo explicará.

—¿Por qué ha venido a esta clínica a verme, por qué sabe mi nombre?

—Él me ha traído.

—¿Bering? —inquirió incrédulo.

—Sí. Le pedí que me hiciera este favor y no se negó. Yo quería hablar con usted, coronel.

—¿Conmigo, cómo conoce mi identidad, quién se lo ha dicho?

—Bering.

—¡Estúpido británico! ¿Le ha pagado o amenazado con algo?

—Sólo con una pistola, a veces suele dar buen resultado, claro que antes le envié un par de regalos a su domicilio.

—¿Regalos de qué clase?

—Dos chinitos que trataron de liquidarme.

El coronel Yao Conach palideció, cosa que apenas pudo notarse por el color amarillento de su piel. Sin embargo, Alf captó la contracción de sus mandíbulas al oír aquella noticia.

—Vamos, yanqui, usted es locuaz, pero sólo dice lo que le interesa. Usted pertenece a la CIA.

—Usted no pregunta, coronel, afirma, y así corre el riesgo de equivocarse.

—Yo no me equivoco nunca. Usted es el tipo que se hace pasar por rhodesiano. ¿Dónde está ella?

—¿Quién es ella?

—No se haga el imbécil. La que se hace pasar por su esposa,

¿dónde está?

—Lo ignoro. Como he perdido el conocimiento y no tengo ni reloj, si me dejan llamar al hotel y preguntar...

—¿Nos toma por estúpidos? Creo que se está divirtiendo a mi costa y le advierto que yo elimino a la gente que me estorba y que no puede darme ningún beneficio.

—¿Y cree que yo puedo darle un beneficio?

—Todo podría ser. De un momento a otro, su amigo Charly despertará y le sacaremos la verdad aun contra su voluntad y no me diga que está preparado para no decir nada porque eso no se lo va a creer nadie de los que estamos aquí.

—¿De un momento a otro, dice? Vamos coronel, la droga letárgica que se tomó dura cien horas —mintió—. ¿Cuántas horas faltan para que Charly despierte?

Conach miró interrogante al científico Woan. Éste, encogiéndose de hombros, respondió excusándose:

—No puedo saber cuánto durará el estado letárgico, sólo queda esperar. Ninguno de los excitantes que le hemos inyectado ha surtido efecto.

—Está bien. Aunque sean cien horas, aunque sean mil, es proverbial la paciencia de nuestra raza. Gracias a ella pudieron tender muchas millas de línea férrea en su país, yanqui.

—¿No teme que alguien se apodere de lo que Charly ocultó?

Conach sonrió suficiente.

—Si supieran dónde ocultó la información Charly Lester, usted no estaría aquí. Habría marchado a Estados Unidos con ella.

—¿De modo que cree que todos estamos buscando a ciegas?

—Sí, pero yo poseo la ventaja de tener al espía es mi poder y él es la clave de todo.

—Charly puede morir.

—Nosotros cuidaremos de que eso no suceda, antes tiene que hablar. Luego, no importa su muerte, como tampoco importará la suya, yanqui.

—¿Y por qué no me mata ahora?

—Porque usted quería hablar conmigo, aparte de que tiene un contacto en

Hong-Kong,

una mujer que también busca lo mismo.

Alf pensó que también había un perrito de por medio, pero prefirió omitir aquel detalle por si no le hacía gracia al oriental.

—Sabe usted siempre con qué cartas juega, ¿verdad, coronel?

—Así es. Ahora, veamos qué es lo que tiene que decirme. ¿Por qué me ha buscado hasta la clínica Albertson?

—Para hacer un trato.

—¿De veras cree que está en posición de hacer tratos?

—¿Por qué no? Ya le he dicho que no soy de la CIA sino un investigador privado, un aventurero que ha sido metido en este lío sin comerlo ni beberlo, un lío del que pienso sacar mis frutos.

—¿Cómo?

—Hallando lo que todos buscan y vendiéndolo luego al mejor postor.

El coronel asiático escrutó atentamente al norteamericano por encima de su cigarrillo. Al fin, suficiente, pero cauto, dijo:

—Usted no puede vender nada al mejor postor. Como diría usted en términos de jugador yanqui, yo tengo la mejor carta en esta partida, una carta llamada Charly Lester.

—Es posible, pero mientras, mi compañera, que ella sí es de la CIA, puede hallar la información y desaparecer.

—¿Hallarla, cómo?

—¿Ve cómo se interesa, coronel?

—No me considerará tan tonto para dejarlo suelto y que corra junto a la chica yanqui, haciéndome creer que trabaja para mí, ¿verdad?

—¿Y por qué no? De este modo, la tendría controlada a ella. Usted tiene a Charly, pero no la información, y esa información él ha tenido que dejarla en alguna parte. Yo ni siquiera sé de qué información se trata. En principio me hicieron creer que era un alijo de brillantes y luego ha resultado una información. Cada vez voy averiguando más cosas y creo poder sacar buen provecho de ello.

—A nosotros no nos importaría pagar caro por esa información, pero el que no morderá el anzuelo será yo. Usted no saldrá de este lugar, sería muy peligroso que lo hiciera. Podría acudir a Scotland Yard y creamos problemas. No me fío de usted, yanqui.

—¿Y de él sí? —preguntó Alf mirando a Bering que comenzaba a incorporarse en la camilla, doliéndose de la cabeza.

—¿Dónde estoy, qué ocurre?

—Eso no importa, ahora, Bering —dijo Conach, secamente—. Respóndame, ¿usted le ha informado de mí a este yanqui?

—Me ha hecho venir aquí a punta de pistola. Me envió a casa a los dos hombres que, por lo visto, usted comisionó para matarle.

—¿Lo ve, coronel? Es tal como yo se lo he dicho —puntualizó Alf sonriente.

—Pero ¿no sabía que no podía decir mi nombre en ningún caso? —inquirió fríamente el oriental.

—Sí, pero no se lo dije a él. Parece que colocó micrófonos en mi apartamento, y al telefonar a la clínica Albertson, preguntando por usted, él lo ha captado todo.

—Es usted un estúpido y un inexperto, estimado Bering. Me ha creado problemas y además ya ha sido descubierto por la CIA, la cual, como es lógico, pasará la información a través de la Interpol a Scotland Yard. A partir de este momento, usted será vigilado estrechamente. Ya no me son útiles sus servicios.

Christopher Bering, ya incorporado, sintió como si de repente le hubieran quitado la gravedad de su cuerpo. Sabía bien lo que significaban las palabras del chino.

—Espere, coronel, espere, yo no diré nada, pediré otro destino. Tengo influencias, no diré nada.

—¿No dirá nada, estimado Bering? El que se deja sobornar es traidor para todos. Lo siento, ya no habrá más negocios entre ambos.

—Bueno, bueno, yo no le pediré nada más, no habrá más contactos —expuso trémulo.

Alf se avergonzó al verlo arrastrándose de rodillas frente al asiático que lo miraba despectivo.

—¡Mátenlo! —ordenó tajante.

Uno de los chinos apuntó su ametralladora contra el inglés. Antes de que nadie pudiera objetar nada, jaló el gatillo.

Fogonazos, humo de pólvora quemada y una rociada de plomo brotó por el cañón del arma fabricada en China.

Con más agujeros en su cuerpo que botones en sus ropas, Christopher Bering tuvo la muerte vergonzosa que por traidor y sobornado se había ganado a pulso durante su vida.

—Un estorbo menos, ¿verdad, coronel?

—Así es, yanqui. Cuando usted no me sirva, procure estar lejos

de mí. Corra cuanto pueda en vez de arrastrarse de rodillas como él porque tendrá el mismo fin. Yo no perdono.

—Eso quiere decir que aún puedo serle útil, ¿verdad?

—Así es. Esa chica de la CIA tiene que venir a rescatarle. Lo utilizaremos como cebo.

—Comprendo y cuando estemos los dos juntos en su poder, ración doble de plomo y asunto resuelto. De este modo, evitará la posibilidad de que mis compatriotas hallen la información antes que usted.

—Exacto. Usted la llamará para que venga.

—¿Llamarla, a dónde?

—No se haga el estúpido, puedo prescindir de su vida si quiero.

—Usted no hará eso todavía. Mientras tiene una carta con una posibilidad de servicio no la quema, es muy cauto. Quizá por eso ha llegado a coronel siendo tan joven.

—No agote mi paciencia. Soy chino, pero también tengo mi medida para que sea colmada. Usted llamará al hotel, ella tendrá que acudir allí.

—¿Y qué le digo?

—Que venga a la clínica Albertson, que ha descubierto algo importante. Eso es todo.

—Está bien, telefonearé —asintió, pensando que Vanda no acudiría al hotel Victoria. Si aquel tipo supiera que ella merodeaba por las cercanías de la clínica, se volvería loco de alegría, mas no podía darle semejante gusto.

—Amárrenlo a una butaca y pónganle el teléfono junto a él. Luego, llévense el cadáver del británico de aquí.

—¿Qué hacemos con él, coronel? —preguntó uno de los guardianes.

—Métanlo en el incinerador, que no quede rastro.

—¿Y el coche, coronel?

—Llévenlo al norte de Kowloon y pónganlo ante el acantilado. Dentro del océano no nos causará problemas.

—Supongo que si me porto bien no se pondrá nervioso conmigo —objetó Alf.

—Exacto, yanqui. Sea locuaz y obedezca nuestras órdenes. Por el momento sólo me interesa que esa chica caiga en mi poder. Charly Lester me dirá el resto de la historia cuando despierte.

Alf Rodman fue sujetado con cuerdas a una butaca y junto a él colocaron una mesita con ruedas, propia para el traslado del instrumental, encima de la cual estaba el teléfono.

Mientras el cadáver de Bering era arrastrado por los pies, fuera de aquella especie de quirófano, laboratorio, sala de torturas o lugar de ejecución, el coronel desahorquilló el teléfono y pidió:

—Pónganme con el hotel Victoria.

CAPÍTULO X

Vanda esperaba nerviosa.

Fumaba un cigarrillo tras otro, ocultando siempre la punta encendido del mismo, bien en el hueco de su mano o inclinándolo hacia el interior del coche. «Sabú», a su lado, la observaba y aguardaba también.

Siguiendo al lujoso «Chrysler» de Bering, Vanda se había detenido al ver cómo el automóvil se introducía en la clínica Albertson. Luego, siempre con los faros apagados, dio media vuelta con el «Porsche» retrocediendo por la carretera algo más de un cuarto de milla. Se salió de la cinta asfáltica introduciéndose entre los matorrales. El color verde oscuro del «Porsche» la ayudó en el camuflaje.

Vanda permanecía atenta a la carretera, esperando ver aparecer a Alf W. Rodman. Si no salía, tendría que poner en marcha el plan que él mismo había preparado, un plan arriesgado, pero que podía dar sus frutos si la situación era límite.

—Está loco, se hará matar dejándose atrapar —se repitió por enésima vez.

Vanda comenzaba a inquietarse. Ya no sabía si se preocupaba por el compatriota, el compañero de misión o el hombre en sí. Alf W. Rodman le gustaba. Era atractivo, arriesgado, temerario, una serie de cualidades que lo agrandaban a sus ojos femeninos.

—Si lo matan, será culpa mía y no podré perdonármelo.

Estaba pensando en las pocas horas que llevaban juntos y en el peligro en que se hallaba envuelto el hombre cuando descubrió unos faros que se acercaban por la carretera, provenientes de la clínica Albertson.

Vanda reconoció inmediatamente el «Chrysler» de Bering.

El auto pasó cerca del «Porsche» sin descubrirlo, pero Vanda sí vio claramente quién conducía el coche norteamericano.

«Un chino».

No cabía duda, la situación se había puesto fea. Bering y Alf estaban atrapados en la clínica. Todo estaba ocurriendo tal como lo había previsto el investigador privado según sus propias palabras:

»—La mejor forma de llegar junto a Charly es dejarse atrapar.

»—Pero ¿y huir después? —preguntó ella.

»—De eso ya me cuidaré cuando llegue el momento, claro que será bueno que tú me ayudes desde el exterior. Escucha...

Vanda se dispuso a llevar a cabo lo planeado.

Los ojos se le cerraban de sueño y agotamiento, pero debía resistir. Aquella noche se estaba convirtiendo en la más larga de su vida y aún faltaban algunas horas para el amanecer.

Se apeó del coche. Tras ella saltó a tierra el mastín.

Abrió el portaequipajes y sacó dos bidones de plástico con dos galones de gasolina cada uno y sendos ladrillos que no eran tales, sino cargas plásticas con el mecanismo de detonación ya incrustado en las gruesas pastillas de cinco libras cada una. Sólo faltaba accionar el resorte del seguro.

—«Sabú», lleva esto.

El mastín agarró con sus fauces la bolsa que contenía las dos cargas plásticas y siguió a la fémina que caminó delante en dirección a la clínica Albertson.

—Vanda, elige un lugar apropiado, pero que no pueda alcanzar a nadie inocente —le había advertido Alf.

Vanda, que ya había visto la entrada de la clínica, pensó que el sitio idóneo podía ser la gran verja que cerraba el muro.

Evitando caminar por la carretera para no ser descubierta, no tardó en arribar a la gran puerta de acero.

Junto al muro había matorrales y hiedras que trepaban por él. El lugar era bueno.

Se inclinó sobre la columna de ladrillos en la que terminaba el muro y que a su vez hacía de jamba, hundiéndose en ella los poderosos goznes sobre los cuales giraba la puerta metálica.

—«Sabú», dame eso.

El perro abrió sus fauces y Vanda tomó las cargas de plástico. Después, siempre en el idioma alemán, único que entendía el mastín, ordenó:

—Échate al suelo y no te muevas.

El animal se estiró junto al muro mientras Vanda pegaba la carga de plástico a los ladrillos. Puso luego el bidoncito repleto de gasolina junto a la verja, algo alejado de la carga plástica para que el bidón no resultara despedido a distancia. En aquel lugar, la gasolina reventaría, se esparciría y ardería inmediatamente, ya que la carga plástica, al tiempo que explosiva, era del tipo inflamable.

Con el segundo bidón y la otra carga plástica, hizo lo propio en el lado izquierdo de la verja. Había colocado ya la carga de plástico y se hallaba depositando el bidoncito de gasolina cuando algo punzante se apoyó en su costado.

—Quieta. Si moverte, tú morir.

A duras penas, Vanda contuvo un grito de angustia al ver a aquel chino que la encañonaba con un fusil ametrallador provisto de bayoneta, un chino que sonreía suficiente.

—Sólo venía a ver...

—No decir nada, el coronel recompensarme. Tú venir adentro conmigo.

Vanda comprendió que si la introducían en la clínica todo estaba perdido. Arriesgándose a quedar ensartada por la bayoneta, exclamó:

—¡*Anfallst!*

El oriental no entendió aquella palabra, y como no había reparado en la presencia del mastín, fue sorprendido desagradablemente por el enorme perro que como una Sombra negra surgida del averno se lanzó sobre él haciendo brillar sus poderosos colmillos que se cerraron con un terrible chasquido alrededor de su mano derecha. El chino no pudo ya jalar el gatillo del arma.

—¡Aggg! —gritó aterrorizado y lleno de dolor por el ataque de la fiera que había salido en defensa de la mujer.

Vanda golpeó con sus manos la nuca del oriental. Éste dobló sus rodillas, ya libre de las mandíbulas del mastín. Luego, le arrebató el ametrallador y le golpeó la base del cráneo con la culata del mismo.

Dejó tendido al oriental y corrió de regreso al automóvil oculto entre la maleza. «Sabú» la siguió a la carrera, satisfecho del deber cumplido.

Se introdujo en el «Porsche» jadeante. Abrió la guantera y sacó de ella un aparato que semejava una radio a transistores del tipo

miniatura. No abultaba más que un paquete de cigarrillos. Oprimió un botón y se encendió una luz roja. Asió luego entre sus dedos una llave giratoria y volvió la cabeza en dirección a la clínica, distante un cuarto de milla. Hizo girar la llave sin vacilar. La explosión tuvo lugar en el acto. Resultó fortísima, y la noche se iluminó por breves instantes. Hasta el «Porsche» llegó el olor a quemado y el viento caliente lanzado por la onda expansiva, mas no llegaron los cascotes en que fueron convertidos los terminales del muro.

Las latas de gasolina reventaron con tanta violencia que el combustible casi se pulverizó en el aire, inflamándose dos segundos después de la doble explosión de las poderosas cargas de plástico.

La gran verja cayó plana sobre la carretera de la entrada y quedó envuelta en llamas. Ya no sería aprovechable, pues sus hierros quedarían retorcidos y tres yardas del muro, por cada lado, se habían venido abajo.

Vanda suspiró. Su parte del plan había sido cumplida. ¿Encontraría ahora Alf su oportunidad?

Pese a estar en el sótano de la clínica pudieron oír la explosión.

El coronel Conach, que estaba tratando de comunicarse con el hotel Victoria, ahorquilló el auricular preocupado.

Woan, su ayudante y el guardián le miraron indecisos, esperando una orden.

—¿Qué sucede, coronel? ¿Han reventado la clínica?

Conach volvió a llamar a través del teléfono.

—¡Recepción, recepción!

Fue inútil su resistencia.

—Deben haber salido a ver qué ocurre —dijo Alf irónico—. A lo peor, fuera sólo quedan algunos ladrillos sueltos.

—¡Woan!

—¿Diga, mi coronel?

—Vigile a los prisioneros. —Encarándose con el vigilante armado ordenó—: Sígueme, puedes hacer falta arriba.

Alf W. Rodman observó al inconsciente Charly que tenía los electrodos pegados a su cráneo mientras los científicos aguardaban a que despertara para comenzar a interrogarle.

El coronel Conach y el vigilante abandonaron el laboratorio-quirófano y Alf, sin dejar de sonreír, comenzó a mover sus manos para librarse de las ligaduras.

Las manos le dolían, pero hizo un esfuerzo sobrehumano y las venas comenzaron a hinchársele mientras no dejaba de sonreír a los dos orientales.

Al fin la cuerda saltó, no sin haber brotado la sangre en sus muñecas.

—¡Doctor!

El oriental se volvió hacia él, interrogante.

—¿Qué quiere? —preguntó en su defectuoso inglés.

—Coja esto, por favor.

—¿El qué?

—El teléfono.

Inconscientemente, Woan avanzó. Alf dio una patada al carrito de ruedas que sostenía el teléfono y el médico fue alcanzado de lleno, siendo derribado.

Alf Rodman trató de ponerse en pie, pero todavía algunas ligaduras le sujetaban el pecho a la butaca. Sin embargo, las cuerdas rotas por un punto, comenzaron a soltarse.

El ayudante del científico que tan mal empleaba su ciencia, asió un bisturí y saltó sobre Alf tratando de hundírselo en el corazón. Pero Alf, se ladeó y el afilado acero se clavó en el tapizado de la butaca.

—¡Estúpido, no es tan fácil mandarme al infierno!

Le pasó una de las cuerdas por el cuello y oprimió hasta arrancarle la vida cuando el ya maduro galeno se incorporaba trabajosamente entre los cristales de la mesita rota.

Alf se deshizo de las últimas ligaduras y vio que el médico trataba de escapar hacia la puerta con la intención de pedir ayuda. Consiguió agarrarle por el cuello antes de que cruzara el umbral y lo giró encarándose con él.

Woan suplicó:

—¡No me mate, yo no soy militar, se lo juro!

Para Alf W. Rodman aquel tipejo era tan repugnante o más que el propio Conach, pero no estaba dispuesto a matar a sangre fría y le bastó con darle un puñetazo en el estómago y luego otro al mentón. Dejó al frágil galeno fuera de combate y hecho un ovillo en el suelo.

Charly seguía sin despertar, aunque ya faltaban pocas horas para que su mente se liberara de los efectos de la droga letárgica.

Le arrancó todos los electrodos y las correas que lo sujetaban, cargándoselo a la espalda.

—Menos mal que pesas poco, Charly.

Salió de aquella estancia y recorrió el pasadizo hasta el muro final, en cuyo lado derecho descubrió un botón rojo. Para ser abierto el muro por el lado exterior se precisaba una complicada clave accionada en un panel electrónico, pero a Alf le bastó oprimir el botón para que la pared se corriera franqueándole el paso.

Cruzó una estancia llena de aparatos médicos, terapéuticos y de diagnóstico al parecer inservibles.

Rebasó una puerta y se vio en otro pasillo que olía a comida. No había nadie allí y supuso que todos estaban afuera, apagando el fuego que Vanda había organizado oportunamente.

Se introdujo en el ascensor con Charly siempre cruzado sobre sus hombros. Pulsó el botón correspondiente a la planta y subió, lo que le dio la seguridad de que se hallaba en el sótano.

Al abandonar el elevador lo hizo cuidadosamente por si había alguien allí. Vio al conserje en la puerta principal, pero mirando hacia el exterior. El ambiente olía a quemado, y varios cristales se habían roto a causa de la onda expansiva.

Retrocedió hasta la salita doce, que no tuvo ninguna dificultad en abrir desde el exterior, reconociendo los orificios que él mismo había practicado en la puerta con su pistola al tratar de escapar del gas.

Descansó del peso de Charly dejándolo caer sobre una de las butacas y se inclinó bajo el sofá.

—Aquí está.

La pistola que arrebatara a Bering seguía en el lugar donde él la escondiera.

Se cargó de nuevo a Charly sobre los hombros y empuñando la automática de brillante factura, abandonó la salita.

Anduvo hasta situarse tras el conserje, en cuya oreja puso el cañón del arma.

—Si no haces lo que te ordene, te vas con tus antepasados ahora mismo.

El chino quiso girarse, pero Alf hizo más presión con el cañón de la pistola y el oriental se limitó a decir:

—No escapará.

—Eso todavía está por ver. Llévame hasta las ambulancias por el interior del edificio o te vas al infierno de inmediato. Nadie se va a preocupar demasiado porque mueras.

—Si le obedezco el coronel me matará.

—Puede que te mate, pero si no obedeces, el que te liquidará ahora mismo será yo. Vamos, andando.

Lo empujó y pese a la resistencia opuesta en un principio, el chino acabó obedeciendo.

CAPÍTULO XI

El conserje de la clínica Albertson prefirió seguir en la lista de los vivos y condujo al norteamericano con el prisionero cargado sobre sus espaldas hasta el pequeño garaje de la clínica donde habían dos ambulancias.

—Aquí están, pero no le dejarán escapar.

—Eso es cuenta mía, chinito. Ahora, tú ya me has servido bastante.

Le golpeó en la nuca con el cañón del arma y el oriental se desplomó inconsciente, con una dosis de sueño para largo rato.

Abrió una de las portezuelas y metió a Charly en el asiento de la ambulancia, dándose cuenta de que las llaves estaban puestas para salir inmediatamente en los casos de urgencia. Aquella situación facilitaba las cosas al norteamericano.

Antes de subir a la ambulancia, levantó el capot de la otra y la inutilizó arrancándole los cables del contacto de las bujías.

Abrió la puerta del garaje y corrió a sentarse al volante.

Afuera, en la entrada, aún habían llamas que estaban siendo combatidas por los servicios de extinción de la propia clínica, utilizando mangueras de agua de las empleadas para el riego y algunos extintores espumantes, ya que los matorrales de los alrededores del muro se habían incendiado, lo mismo que algunos de los árboles que habían en la parte interior del recinto.

Alf, ya arrancado, puso el vehículo a la máxima velocidad, enfilando hacia la salida al tiempo que conectaba la ululante sirena, demandando paso.

Tal como había previsto, todos se hicieron a un lado, sorprendidos y creyendo que la ambulancia era requerida para alguna misión.

Cuando el propio Conach, que observaba la extinción del incendio y el resultado de las explosiones se dio cuenta de que el

conductor era el norteamericano, enrojeció de furia y gritó:

—¡Mátenlo, mátenlo!

La ambulancia cruzó por entre las llamas y rodó por encima de la gran verja caída que ahora no cerraba paso alguno.

Cuando las primeras balas buscaron rabiosas a la ambulancia que huía, ya era tarde. Ésta se perdía en la noche, dejando atrás fuego, hierros y ladrillos rotos, y a unos chinos que por la rabia que sentían hubieran podido pasar por pieles rojas en lugar de amarillos.

En busca de la carretera principal que unía Cantón con Kowloon, Alf pisó a fondo el acelerador, pero no tardó en escuchar tras él la llamada de otro claxon cuando él había ya desconectado la sirena.

Detuvo la ambulancia junto al camino. El «Porsche» verde oscuro no tardó en detenerse junto a él.

—¡Alf!

—Vanda, aquí te traigo a Charly, pero todavía sigue dormido. La droga que se tomó es despampanante, ni la del cuento de *La bella durmiente del bosque*.

Ella se abrazó al hombre y estrechó sus mejillas contra el tórax viril.

—Alf, ¿no te ha pasado nada?

—No he tenido tiempo de averiguarlo, pero sí nos pasará si nos quedamos aquí.

La besó fugazmente en los labios y Vanda musitó:

—Alf, me gustas. He sufrido por ti.

—Magnífico, querida. Si no me hubieras metido en este lío, ahora no sufrirías por mí. Parece mentira que una mujer como tú tenga conciencia.

Alf no deseaba prolongar el diálogo. Había que actuar con rapidez. Sacó a Charly de la ambulancia y lo metió dentro del «Porsche». Luego empujó a la ambulancia entre los arbustos, haciéndola desaparecer.

—Alf, no vamos a caber aquí dentro. Este coche es de dos plazas.

—Sí, somos tres y un perrito, pero menudo perrito.

Levantó la tapa de la cajuela portaequipajes y pidió a Vanda:

—Haz que se meta aquí dentro. Irá un poco prieto, pero es la única forma.

—¡«Sabú»! —llamó ella.

Al animal no le gustó aquel acomodo, pero la tapa de la cajuela cayó sobre él encerrándolo. Durante la marcha, en vez de sirenas de ambulancia hubieron de escuchar algunos ladridos de protesta.

El «Porsche» devoró con rapidez las treinta y tantas millas que faltaban para llegar a Kowloon.

—¿Cómo has conseguido sacar a Charly de allí dentro?

—La verdad es: como he podido, la situación era difícil. En buen lío me has metido, Vanda. Éste no es un pleito entre traficantes de piedras preciosas, sino una guerra sin cuartel entre espías de las grandes potencias. Aunque esto sea una colonia de su Graciosa Majestad, aquí mandan los chinos-rojos que tienen multitud de secuaces dispersos por toda la colonia.

—¿Crees que nos cortarán el paso?

—Eso pienso. No daría unos centavos por nuestras vidas, esa gente tira a dar.

—¿Y Bering?

—Convertido en colador y, a estas horas, ya habrá pasado al incinerador de la clínica.

—Dios mío, sí que está difícil la situación.

—La verdad es que no tengo ningún deseo de volver a ver la cara del coronel Conach. Estará echando chispas por haber perdido a Charly. Para él era la clave para recuperar la información que Charly trataba de pasar a tus compañeros de la CIA. Por cierto, ¿qué contiene esa información?

Vanda se lo quedó mirando. Con cara de circunstancias respondió:

—La verdad es que lo ignoro.

—¿Cómo?

—Es cierto, no lo sé. Hay una información vital en esa grabadora, pero sólo Charly la conoce y él está dormido. Sólo tuvo tiempo de avisarnos en parte, inmediatamente fue capturado.

—Diablos, sólo faltaría que esa información contuviera unos cuantos proverbios chinos.

—No creo. Charly Lester está considerado como un excelente agente.

—Esperemos que sea verdad.

—No nos queda otro remedio que aguardar a que despierte.

El mastín, dentro del portaequipajes y ante lo inevitable, dejó de ladrar.

—¿Sabes el horario del primer *ferry-boat* que pasará a la isla Victoria?

—No, pero supongo que será al amanecer.

—Quedan todavía algunas horas para eso y el coronel Conach ya habrá telefoneado a sus hombres de Kowloon para que nos cierren el paso o nos busquen, si es preciso. Será una temible cacería.

—¿Crees que no podremos subir al *ferry*?

—Me temo que eso será muy difícil, querida, pero podríamos pedir ayuda a Scotland Yard.

—No, tengo instrucciones de que trabajemos en solitario, no podemos solicitar ayuda a nadie. Tú no perteneces a la CIA, eres sólo un investigador privado de California que se mete en líos. En cuanto a mí, todos negarían, incluso la superioridad, que pertenezca a la CIA.

—Qué bien, aquí todos se lavan las manos y es posible que al amanecer aparezcamos flotando sobre las oscuras aguas del muelle de Kowloon.

—Lo que ha realizado Charly es una misión de espionaje de las llamadas defensivas. Hay que hacer averiguaciones que puedan prevenir a nuestro Gobierno de las maniobras bélicas del posible enemigo. Piensa que nuestro país ya está implicado en una larga guerra en esta parte del mundo.

—No hace falta que me des más argumentos, querida, lo que me importa a mí ahora es salir con vida de este lío y luego, cuando lleguemos a California...

—¿Qué?

—Voy a buscar a unos cuantos jefes de la CIA y les voy a contar una serie de cosas sobre el derecho personal, la constitución de Estados Unidos, etcétera, etcétera. Además...

—¿Qué?

—Posiblemente les privaré de la más hermosa y atractiva de sus agentes femeninos.

—¿Vas a matarme?

—Eso lo decidiré luego. Ahora, hay que salir de Hong Kong, y ya estamos llegando a Kowloon.

Al aproximarse al muelle donde había dos *ferrys* detenidos,

cerca del embarcadero pudieron ver a dos coches con las luces apagadas, mas en su interior podían advertirse unas puntas rojizas y luminosas.

—Ahí están —dijo Alf.

—¿Los hombres del coronel Conach?

—Sí, fumando y esperando pacientemente que nosotros tomemos el *ferry*, momento oportuno para cosernos a puñaladas y deseamos buen viaje al infierno.

—Habrá alguna forma de escapar, ¿no?

—Utilizando el *ferry*, no. De momento lo mejor será abandonar el coche en alguna calleja de Kowloon y tomar una habitación en cualquier hotelucho.

—Sí, yo también opino que será mejor esperar al día.

—Sigamos adelante.

Sin dejarse ver por los hombres del coronel y rodando por entre las callejuelas de Kowloon, buscaron un hotel sin renombre. Al fin, Rodman eligió uno de ellos donde el propietario apenas hablaba inglés.

—Habitación limpia, místel, muy limpia.

—Bien, deme la llave. Voy a buscar a mi compañero. Está un poco ebrio y tengo que meterlo en la cama.

—Como el místel quiela. Yo ablil habitación, místel tlael amigo.

—A mi amigo, a mi amiga y al perro.

—¿Pelo; también?

—Pelo no chinito, perro, de guau-guau.

—Mi complendel, pelo guau-guau.

Al oriental no le hizo mucha gracia el mastín, con su enorme envergadura y sus poderosas fauces. Alf se cargó una vez más a Charly sobre la espalda y subió a la alcoba tendiéndolo en el lecho. Luego pagó generosamente al chino que se deshizo en reverencias.

—Muy agladecido, místel, muy agladecido. Yo tlael calne pala pelo guau-guau,

pelo calne costal mucho pala pelo tan glande.

—Toma. —Añadió diez dólares hongkoneses para que el mastín pudiera llenar su estómago.

Una vez solos, Vanda suspiró.

—Bien, ya estamos a salvo en esta habitación. Ahora, a esperar.

—Tú te quedarás esperando aquí con Charly y el perro. El ametrallador que le has cogido al chino y que has hecho bien en subir disimuladamente a la alcoba, puede sernos muy útil por si hay visitas.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que me voy.

—¿A dónde?

—A la capital Victoria.

—¿Cómo? Si ya has visto que los *ferrys* no parten hasta el amanecer y los hombres del coronel están vigilando. Te atraparían.

—Ya me las arreglaré para ir a Victoria.

Lo que ellos ignoraban es que el oriental propietario del hotelucho era uno de los centenares de contactos utilizados por el coronel Conach para mantener su poder en la colonia.

En su lengua materna, el chino pidió por el coronel y comenzó a transmitirle la valiosa información en voz baja para no ser descubierto por los blancos que se hallaban en una de las habitaciones.

—Pero ¿nos vas a dejar aquí? —preguntó Vanda.

—Sí, hay que darse prisa. Tengo un presentimiento, algunos datos me han dado la idea.

—¿Qué idea?

—El lugar donde Charly ocultó la grabadora con la información.

—¿Dónde?

—Te lo diré cuando lo averigüe. Me guió por la lógica, querida, pero tengo que arriesgarme.

—Podemos esperar a que Charly despierte, él mismo nos lo dirá.

—Quizá para entonces sea demasiado tarde. Con la de agentes que tendrá el coronel en Kowloon, no nos queda mucho tiempo antes de ser atrapados a menos que pidamos colaboración a la policía inglesa.

—No puede ser, ya te lo he dicho. Nuestro Gobierno lo negaría todo y al mismo tiempo la prensa mundial hincharía el caso. Estados Unidos resultaría perjudicado si se tergiversaran algunas de las razones por las cuales Charly estaba al otro lado del Telón de Bambú. Las relaciones chino-americanas se agravarían y no es éste

el momento adecuado.

—Está bien, arriesguemos nuestras vidas en beneficio de la consistencia nacional. Yo me voy ahora mismo. Tú quédate aquí con Charly y el perro; yo volveré por vosotros en algunas horas.

—Estaré esperándote impaciente y haces bien en no revelarme dónde vas a buscar el magnetófono. Si me atrapan los chinos, creo que no resistiría demasiado el dolor.

Él la estrechó entre sus brazos y la besó profundamente en la boca. «Sabú» volvió la cabeza hacia Charly y viéndolo dormido, se echó en el suelo junto a él.

Alf abandonó el hotel siendo observado por el propietario del mismo.

Anduvo por las callejas de Kowloon y ya en el sur del muelle, buscó un pequeño grupo de *sampanes*, todos ellos con un farolillo rojo colgado y apestando a pescado putrefacto.

—Místel, venil conmigo. Yo mostralle las glandes malavillas de Oliente.

—Gracias, preciosa, pero aquél me gusta más —rechazó Alf escogiendo el *sampán* que le pareció más recio.

La propietaria de aquel *sampán*, que podía ser movido a motor gracias a un fuera borda acoplado, le recibió con grandes reverencias, vestida de seda roja y dedicándole amplias sonrisas.

—Selá un placel pala mi hacelle feliz dulante toda esta noche y las noches que usted quiela, oh, señol mío.

Alf inquirió:

—Supongo que el motor tiene gasolina, ¿verdad?

—Si quelel placel mientlas navegal pol el océano, patlia de los glandes dlagones, tú sel feliz conmigo. Mi embalcación sel de las pocas que navegal a motol.

—Pues en marcha, muñeca, no tengo tiempo que perder.

Alf puso el motor en funcionamiento, y en medio de los ronquidos del mismo, el *sampán* se hizo a la mar, proa a la isla Victoria.

No era extraño que durante la noche una embarcación se dirigiera desde Kowloon a la capital de Hong-Kong

o viceversa. Podían verse varias lucecitas navegando. Unos eran pescadores y otros amaban el placer que ofrecían aquellas chicas,

movidos suavemente por las olas.

—Señol mío, venil dentlo *sampán*. Yo plepalalte pala hacelte feliz.

—Otro día, nena, ahora tengo prisa por llegar a Victoria — repuso Alf manteniendo el rumbo de la embarcación.

—Pues si es veldad lo que me dices, sólo puedo dalte un consejo.

—¿Y qué consejo es ése, preciosa?

—No utilices nuestlos *sampanes*, sólo pala viajal.

El *sampán* arribó pronto a la ensenada de la isla Victoria, con su monótono ronronear y la leve estela de espuma tras la popa.

CAPÍTULO XII

Transcurrieron los minutos que para Vanda semejaron horas.

De pronto, el espía Charly Lester comenzó a moverse en el lecho, sobresaltándola, mas la fémina reaccionó a tiempo.

—¡Charly!

El norteamericano amarillo se llevó las manos a la cabeza y preguntó:

—¿Quién es usted? No la conozco.

—Seis de agosto, Hiroshima. Siete de diciembre, Pearl Harbour.

—Fin y principio —fue la otra parte de la contraseña. Después, inquirió—: ¿De la CIA?

—Sí. Estamos buscando la grabadora de la que usted habló por teléfono a larga distancia. Somos muchos los que vamos tras ella. Usted ha pasado muchas horas en manos del coronel Conach de la China roja. Un compatriota nuestro, que ha ido a Victoria en busca de la grabadora, le ha salvado de las manos del coronel.

—¿La grabadora? Ah, sí, en ella están todos los datos de los nuevos emplazamientos secretos de los cohetes intercontinentales nucleares chinos, que van a ubicarse en unas gargantas superprotegidas del Tibet. Los soviets también andan locos para averiguar este nuevo emplazamiento. El Si-Kiang ya no es seguro para los chinos y desde el Tibet podrían arrasar Rusia o Estados Unidos, según se lo propusieran y si no había ninguna fuerza capaz de descubrir la ubicación de los cohetes intercontinentales.

—Unos datos valiosos, pero ¿y la grabadora?

—En las consignas automáticas de la estación marítima.

—¿Y la llave?

—Tuve el tiempo justo para esconderla en una fisura de los adornos de madera de la cabina telefónica desde la cual realicé la llamada a larga distancia, dando el aviso de que estaba cercado.

—Pues ahora no estamos menos cercados, Charly. El coronel

controla Kowloon con sus hombres y no podemos subir al *ferry*. Hay chinos apostados en el embarcadero.

—Y el otro americano, ¿dice que ha ido en busca de la grabadora?

—Sí, ha dicho que suponía el lugar donde la había escondido, pero no sé si acertará.

—Mientras no sean los chinos quienes cojan la grabadora todo irá bien. En apariencia, lo que está grabado en la cinta carece de importancia, es un curso de idiomas chino-inglés, pero en la parte china, mezclada y en clave, se halla la información. Espero que el centro de computadoras de la CIA en Estados Unidos descifrará fácilmente la clave.

—¿Y si alguien ha encontrado el magnetófono y se le ocurre borrar la cinta?

—Imposible. He inutilizado la borradora, sólo puede escucharse la cinta.

—Bien, pues aguardemos a que Alf regrese.

—Y si vienen los hombres del coronel, nos defenderemos con esto —dijo señalando el ametrallador que Vanda había dejado sobre la mesa.

Charly Lester cogió el arma para comprobar que estaba en perfecto estado de funcionamiento cuando la puerta se abrió bruscamente y dos orientales armados aparecieron en ella. Detrás, el coronel Conach.

«Sabú» entró en acción, más aquella vez no tuvo suerte; fue alcanzado por dos balazos.

El chino-norteamericano apuntó su ametrallador contra ellos y sólo pudo jalar brevemente el arma, pues fue abatido por uno de los visitantes. El otro consiguió alcanzarle con dos plomos y Charly se desplomó sobre la mesa.

—¡Charly! —gritó Vanda, aterrada.

La habitación olía fuertemente a pólvora quemada. El oriental que había matado a Lester entró en la estancia sin dejar de apuntar a Vanda que permanecía inmóvil, mirando el cadáver de Charly. Éste había despertado justo a tiempo para morir. «Sabú» aún se movía en el suelo, dando los últimos espasmos de su corta vida.

El coronel pasó por encima del cuerpo de su subordinado y dirigiéndose al hotelero dijo:

—Si alguien pregunta, estás preparando fuegos de artificio. Aquí no ha pasado nada.

—Sí, coronel, como usted ordene.

Vanda quedó con las manos en alto y la puerta de la habitación se cerró aislándose los dos hombres, la mujer y los tres cadáveres, incluyendo el mastín.

—Bien, señorita, es momento de que hablemos. Preparó usted unos buenos fuegos de artificio en la clínica Albertson, pero ya ve que de nada han servido. Yo controlo

Hong-Kong.

—Lo ha estropeado todo matando a Charly, coronel. Él era el único que sabía donde se guardaba la información.

—No pretenderá que me crea eso, ¿verdad?

—Usted mismo, coronel. Todo se ha perdido.

—Yo opino que no. El otro yanqui se ha marchado del hotel para ir en busca de la información escondida por Charly.

—Cuando Alf se ha marchado, Charly dormía aún.

—Eso lo comprobaremos cuando regrese, porque estoy seguro de que el yanqui volverá. Es de los tipos que no dejan sola a una chica.

—No se saldrá con la suya, coronel.

—Podría ser, pero ustedes tampoco. Dos hombres y un perro muerto. Por ahora, salgo yo ganando en el cambio; el perro era de ustedes.

—Muy sarcástico, coronel, pero si sube la policía británica va a pasarlo usted muy mal.

—La policía británica no vendrá. Los espías como ustedes no avisan a la policía cuando se ven en aprietos. Por otra parte, no han tenido tiempo de avisarla. Ahora, tengo una curiosidad.

—¿Cuál?

—¿Es cierto que ese entrometido yanqui no pertenece a la CIA?

—En efecto. Su profesión es la de investigador privado en California.

—Ya, casos de divorcio, hijas que se escapan, suciedades propias del mundo imperialista.

—Es posible, pero al menos no vivimos como simples hormigas, sin cerebro ni libertad.

Por decir aquello, Vanda se llevó una fuerte bofetada que hizo girar su cabeza y enrojecer su mejilla. Conach estaba nervioso, era

evidente que pese a haber matado a Charly y capturado a Vanda no se sentía tranquilo.

—Ahora, aguardaremos a que el yanqui llegue con la información.

—¿Y si no llega?

—Pondremos algunas horas de plazo, que tenga tiempo de buscar.

—Es posible que si encuentra la información no venga por aquí...

—En ese caso, lo sentiría por usted.

—¿Me mataría?

—No, haría algo mejor. La llevaría a una de las cárceles que tenemos en el norte de China. Allí hace un frío terrible y carecería de todas las comodidades que posee en su país. Pasaría frío, mucho frío. Podrá perder cualquiera de sus bellas extremidades congeladas y comería un cuenco de arroz al día, claro que como es hermosa, podría mitigar sus dificultades siendo gentil con los guardianes.

Esta vez fue Vanda quien trató de abofetear al chino, pero éste, que esperaba su reacción, le alcanzó la mano en el aire y se la retorció, arrancándole un quejido de dolor.

—Quieta y estará mejor. —La empujó contra la butaca y gruñó —: Ahora, a ser pacientes y como dicen en su país, rece si es que sabe porque su amigo llegue.

—Ojalá no venga, coronel. Yo perdería mucho, pero usted más, no lo dude.

—Yo nunca pierdo, señorita. Sé esperar y la paciencia, aunque usted no lo crea, es una gran virtud.

Los minutos tomaron a transcurrir lentos, penosos.

La vida semejava haberse detenido en aquel hotelucho oriental. Amanecía, y el cielo fue clareando y tomando un color gris-rojizo.

Mientras, abajo, el hotelero se vio sorprendido bruscamente por una pistola que se hundió bajo su maxilar. Alf W. Rodman había penetrado por la parte posterior del edificio con el sigilo propio de un lince. Bajo el brazo llevaba una grabadora.

—Están arriba, ¿verdad?

—No señol, no sé nada, no sé nada.

—Di que sí o te meto una bala en la sesera, chino del diablo.

—Sí, sí, allí está el coronel...

—Bien. Cuando te dé la orden, llamarás al coronel y le dirás que lo llaman por teléfono, ¿comprendido? Si cometes una tontería, serás el primero en ir al infierno pese a que haya otros compatriotas tuyos vigilando en la calle.

Alf subió la escalera detrás del chino, sin dejar de apuntarle. Cuando llegó al descansillo, se detuvo e hizo un movimiento con la mano.

—¡Colonel, colonel! —gritó el chino muerto de miedo.

La puerta de la habitación se abrió ligeramente. La voz de Conach preguntó:

—¿Qué sucede?

—Le llaman al teléfono, colonel, es urgente.

El coronel abrió más la puerta y encontró con el frío contacto del cañón de una pistola sobre su sien.

—Un movimiento y se va al infierno, coronel.

—¡El yanqui!

—Vamos, adentro.

Alf puso al coronel entre él y el otro chino. Luego ordenó:

—Vanda, desármalo.

Vanda se apresuró a desarmar al agente oriental y Alf le propinó un golpe en la nuca, durmiéndolo.

—No escapará, yanqui.

—Sí escaparé y usted me ayudará a hacerlo, aunque la verdad es que tendría que matarlo aquí mismo. Ya he visto que ha habido una *massacre*.

—Y ocurrirá lo mismo en cuanto salgan a la calle. Tengo más hombres apostados, lo que no comprendo es cómo se ha podido colar en el hotel sin que le descubran.

—Se sobreestima demasiado, coronel, y eso de hace subestimar al prójimo. Hay una puerta posterior en el hotel, debió haberlo previsto. No iba a ser tan imbécil de entrar por la principal, cuando suponía que usted ya nos habría localizado.

—Alf —inquirió Vanda—. ¿Has encontrado la grabadora?

—Sí, aquí la tengo. Estaba en la consigna de la estación marítima y la llave en una cabina telefónica de la central de comunicaciones de Victoria que permanece abierta durante toda la noche. No ha sido muy difícil. La clave me la dio el propio Bering al decirme que Charly había sido capturado en la cabina telefónica.

Supuse que había tenido el tiempo justo de esconder algo y ese algo debía hallarlo. Ha sido un llavín con la identificación correspondiente.

—Yo estoy en mala posición, pero ustedes no están en otra mejor. Les propongo un trato.

—¿Un trato, coronel, cuál? —interrogó Vanda.

—Esa grabadora que trae por la vida de ambos. Preferiría mandarlos al infierno, pero los doy la vida a cambio de esa información.

—Por lo menos es usted sincero, coronel, y yo acepto el trato si usted mismo nos acompaña al *ferry*. Allí le entregaré la grabadora y le diremos adiós —dijo Alf.

—¡No, Alf! —gritó Vanda angustiada—. Así no quiero la vida.

—Tú harás lo que yo diga. Yo no soy espía profesional, sólo quiero vivir, nada más.

—Es usted sensato, yanqui. Vayamos al *ferry*, yo mismo les protegeré. Mantendré mi palabra.

—Le conviene hacerlo, coronel. He tirado un sobre al buzón de correos explicando quién es usted y qué hay en la clínica Albertson. Explico a la policía lo que ha sucedido con Christopher Bering y eso puede ocasionarle dificultades.

—Pero si ese sobre no puede ya recogerse, me perjudicará lo mismo.

—No, el sobre irá a parar a manos de un amigo mío. Él romperá el primer sobre y encontrará dentro otro con las señas de Scotland Yard. Lo enviará, a menos que yo se lo pida y eso sucederá si sigo vivo.

—No sé si es una trampa o no, pero me arriesgaré, yanqui. A mí me interesa esa grabadora.

—¡Tú no se la darás, Alf, di que no!

—Yo quiero vivir, nada más. Vamos, coronel, andando.

EPÍLOGO

Dentro del tetrarreactor «Boeing», Vanda permanecía seca, arisca, mirando hacia la ventanilla sin querer ver a Alf que se hallaba a su lado.

—¿Te acuerdas qué contento se quedó el coronel al pie del embarcadero con la grabadora en la mano?

—No debiste dársela, fue una cobardía. Salvamos la vida, pero...

—Vamos, Vanda, tú lo que quieres es esto, ¿verdad? —Le tendió un carrete de cinta magnetofónica.

La mujer parpadeó perpleja.

—¿Qué cinta es ésta?

—La que grabó Charly.

—Pero ¿y el magnetófono?

—La chica que me llevó en su *sampán* tenía una grabadora con música. Le compré la cinta y la coloqué en puesto de ésta. Espero que el coronel Conach se divertirá mucho escuchando música, ¿no te parece?

—¡Alf, cielo, qué astuto eres!

—Hiciste bien en elegirme, querida, y ahora te escojo yo a ti. En adelante, vas a trabajar para mí y te olvidarás de la CIA como yo me olvidé del FBI. Hong-Kong queda atrás, ha sido tu primer y último caso.

—Como quieras, sólo trabajaré para ti, lo malo es que ya no tendré a «Sabú» para que me proteja de ti.

La azafata se quedó boquiabierta con la bandeja de caramelos en la mano. Ni en la mejor película hollywoodense había visto un beso tan largo y apasionado como el que estaba contemplando al natural.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

